Nº 1621

CÁSTOR MENDEZ BRANDÓN

Celanoverías

TALLER DE ENCUADERNACIÓN Y de Libros rayados HIJO DE Eduardo Gomez CARRASCO Nº 12 AUSTRIA, 13 ORENSE

EMIA
ÑA
sa

ORENSE
IMP. Y PAPELERÍA DE «LA REGIÓN»
1913

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA
560
Biblioteca

CÁSTOR MENDEZ BRANDÓN

Celanoverías

REAL ACADEMIA GALLEGA

ORENSE
IMP. Y PAPELERÍA DE «LA REGIÓN»
1913

A la Real Academia
Gallega,
El Autor

Celanova Abril de 1913

AL LECTOR

Cediendo á repetidas instancias de un amigo, á quien mucho estimo, me decido á publicar esta colección de artículos, que bajo el epígrafe, en su mayoría, de «Impresiones», vieron la luz en la finada «Voz de Celanova».

Van al final algunos renglones cortos, que tambien en aquella hoja fueron publicados, bajo el título de «Celanoverías», y como celanoverías pueden llamarse casi todos estos trabajos, porque el asunto de la mayoría radica en esta villa de mis amores, bajo ese epígrafe van todos ellos.

Al presentarlos reunidos, se los dedico «A los Ausentes». Con el pensamiento y el corazón puesto en los hijos de Celanova ausentes del terrón nativo fueron todos escritos, y hasta creo firmemente, que solo á ellos puedan interesar, dada la índole de los asuntos á que se contraen.

Si de ellos quedasen satisfechos, satisfecho quedaría yo, pues para ellos solo son y á título gratuito, que no persigo, al publicarlos, lucro alguno.

Pueden, pues, pedir un ejemplar todos cuantos hijos de Celanova ausentes lo deseen y por involuntaria omisión no lo hayan recibido.

El Autor.

IMPRESIONES

Todo ser racional, si no tiene completamente atrofiados ese prepotente músculo, centro y eje de la vida física y sentimental; el corazón; y esa consoladora facultad denominada imaginación ó fantasía, que tanto le ennoblece y eleva, al arrancarle de las estrechas cárceles en que vegetaría, arrastrando siempre mísera vida, si respirase solamente el confinado ambiente de la realidad, siente vislumbres poéticos, alucinaciones divinas, al extender la mirada, espaciando la memoria, sobre los dulces y amenos lugares donde se diluyeron risueños y fugaces los encantadores dias de la primera juventud.

Nuestro espíritu inflamado en celestial ardor los contempla á través de nubes arreboladas de dichas y placeres sin cuento: nuestro corazón enamorado de todo aquello que vivió y gozó cuando la sangre surcaba impetuosa sus más recónditos senos, los venera y adora: nuestra imaginación, aplicando los más fulgurantes y lindos colores de la paleta de sus ensueños, al trasladarlos al lienzo en que fija las dulces impresiones que el corazón le dicta, los diviniza y sublima.

Distinguímonos los naturales de Galicia, por nuestro

amor ardiente á la tierra que nos vió nacer. El culto á los dioses lares en ningún país tiene más entusiastas sacerdotes y fervientes devotos. Rosalía, Curros, Añón y Carvajal fueron, entre otros, supremos sacerdotes en esa Religión de amor á las cosas del país, enardeciendo el entusiasmo de los creyentes, al cantar las bellezas de la pequeña patria en inmortales versos. Devotos fervientes y en constante actitud de adoración, somos todos los demás gallegos.

Sin la excepción de uno solo, desde el que sufriendo en lejanas tierras un ataque de catalepsia, volvió de su muerte aparente al escuchar el dulce y sugestivo sonido de la gaita, hasta el más indiferente y apático, sentimos todos, quienes más, quienes menos (que la intensidad en sentir es efecto de organización y circunstancias) el amor á «la terriña.»

Nuestra campiña, tan intensa y varia en verdor y colores en todas las estaciones del año, si inyecta y difunde en el alma, recogido por los sentidos y los poros todos del cuerpo, el suave perfume de dulce melancolía, al aparecer envuelta en las cenicientas gasas y opacos tules de sus invernales nieblas, enciende también la fantasía cuando el sol, al desdoblarlas, la esclarece con su luz y la fecunda con su fuerza creadora.

Adoramos en la pequeña patria los gallegos, á la madre amantísima que nos comunica sus cuitas y alegrías con los acentos mágicos del dulce dialecto: que orea nuestro espíritu con la caricia amorosa de sus perfumadas brisas: que recrea nuestros ojos con el soberbio espectáculo de su vegetación espléndida: que cautiva nuestro corazón con el suave y misterioso eco de sus melancólicas canciones. En este sentido amamos á una y por igual á Galicia entera y en ella á todas sus regiones, los gallegos; pero así como entre las criaturas que nos agradan siempre hay una que ocupa nuestro pensamiento y hace vibrar las fibras del corazón con preferencia á todas las demás, también entre las comarcas de Galicia hay siempre para nosotros una

predilecta, que suele ser aquella en donde la temprana flor de nuestra juventud, surgió á la vida.

Para todos cuantos disfrutamos el vital aliento de la verde floresta, que cubre y matiza estas abruptas sierras del sur de la provincia de Orense, vecinas de Portugal, hay un nombre mágico, ¡Celanova!, que despierta mil ensueños, adormilados en las brumas con que el tiempo enturbia nuestra memoria. A su conjuro reviven en el alma los recuerdos más adorables; las añoranzas más deleitosas.

Desde el tirón constante y férreo que de nuestro corazón y de nuestra memoria dan á cada momento las cenizas adoradas de los seres queridos aquí enterrados, pasando por la atracción inmensa que las personas amadas que aquí viven y alientan todavía ejercen sobre nosotros, hasta el más oculto y sujestivo rinconcito que cual broche de perlas cierra en áureo estuche algun interesante capítulo de la accidentada y movida historia de nuestro éxodo infantil por estos amenos lugares, ¡qué inmensa gama de adorables recuerdos!

Cuando el espíritu en horas de ensueño se adormece en letargo contemplativo y místico y cerrados los ojos del cuerpo mira para adentro con el inmenso telescopio de los ojos del alma, ¡qué de cosas explora y remueve!

Todos cuantos hemos vivido ausentes del terrón amado, nos damos exacta cuenta del poder de atracción que sobre nosotros ejerce.

Cuando rendidos por las fatigas físicas y espirituales que el revuelto tráfago de las grandes urbes ocasiona: en esos momentos en que el sol nos abandona; la luz se vuelve vaga é indecisa y los objetos se ven confusos y borrosos; cuántas veces nos sorprendió discurriendo solos, por los paseos menos frecuentados de algun parque, ó en las intimidades del hogar, ese tránsito misterioso del dia á la noche, germen misterioso de meditación y recogimiento, otras tantas volvimos los ojos del espíritu á la tierra amada que nos dió el ser, para ver como desfilaban en desordenado

cortejo por la imantada placa de la memoria, que los evocaba acuciosa, sin orden ni concierto alguno, mil y mil venturosos recuerdos. En áurea y brillante nebulosa se nos aparecían envueltos los objetos todos, sin determinarse sus contornos, con esa misteriosa vaguedad que hace más poética la hora de tan fantásticas visiones.

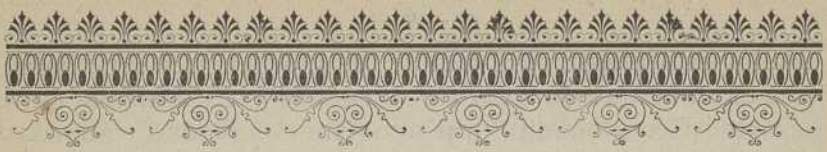
El espíritu volaba inquieto al saltar ligero de unos en otros, cual atolondrada mariposa, libando las mieles todas de sus encantos, para reposar luego, sereno y plácido, ante la amorosa y abstracta concrección de todos, representada por la Augusta Matrona, dueña y señora de nuestros pensamientos, entonando en su loor la canción más sonora y que menos se oye (valga la paradoja) puesto no la canta la voz, pero la vibra el cuerpo entero, desde el corazón hasta el último nervio, y la suspira silenciosa el alma que enmudece ante los grandes amores. ¡Oh! Celanova, Celanova! Refugio de los pensamientos más nobles de nuestra alma; puerto amoroso en que se acogen los sentires más delicados de nuestro corazón.

Cuando en las luchas por la existencia, la suerte despiadada nos infligía cruentas heridas, el bálsamo consolador de nuestras penas le hallamos siempre en el recuerdo de tu acariciador ambiente; de tus imponderables mujeres; de tu riente y feraz campiña; de todo tu perímetro sembrado de gratas y santas memorias.

Cuantos hemos aspirado el suave perfume de tus flores no encontramos en el mundo otras que se les parezcan.

Cuantos libamos en las claras linfas de tus cristalinas fuentes, ni fuentes, ni cristal, ni linfas hallamos con que cotejarlas. Cuantos hemos abismado los ojos en el límpido y puro azúl de tus dilatados horizontes, grabado lo llevamos eternamente en el corazón y en la retina ¡Oh! dulce Tierra! Reina de nuestros ensueños. Hada misteriosa que encadena férreamente con sus encantos á cuantos mortales hemos tenido la fortuna de disfrutarlos. Espejo de villas por lo aseada y limpia; por lo sana y hermosa. Si pobre

resulta esta pluma para cantar tus glorias, rica en cambio está el alma que la guia de devoción y entusiasmo para besarte, ¡tierra bendita! que acogiste con piedad y guardas con amor, en tu seno adorado, las sagradas cenizas de sus progenitores.



* * *

EL misterioso poder de atracción que ejerce la serpiente sobre el tierno pajarillo, ó los éxtasis de la contemplación sobre las místicas almas, están revestidos é impregnados para nosotros los pintorescos aledaños de esta amada villa, que si encantan la vista con los variados matices de su vejetación espléndida, deleitan también el espíritu, con los recuerdos que evocan; con las remembranzas que atesoran, para cuantos los hemos vivido y gozado en los dorados años de nuestra juventud.

Vario y complejo es este asunto para encarcelado en raquítico artículo. Procuraremos, no obstante, merecer las caricias de la Musa, y por si ésta se mostrase esquiva para otorgárnoslas, que no huelgue, á lo menos, el intento de alcanzarlas.

.....

Y hétenos ya, pian pianito, en tarde calurosa y espléndida del Estío, próximo el Sol á ocultarse detrás de los altos peñascos que sirven de corona al monte de la Obra, emprendiendo dura caminata en dirección al mismo, para salvar la pequeña distancia que lo separa de nuestro pueblo, acibarada un tanto la marcha por el cansancio que ocasiona la empinada cuesta, que serpentea por sus abruptas lomas.

En gracia al lector, omitiremos la relación de las fatigas pasadas para dominarla, con los ciento y pico de kilos que el destino nos ha otorgado, y hénos ya gozando, desde la cima del más alto vericueto, de un espectáculo, que soñado á placer, no resultaría más hermoso.

El Sol á espaldas nuestras, trasponiendo ya la línea de lejanos montes y dorando de por frente, con sus resplandores postreros, las abruptas y lejanas cumbres del monte Furriolo, que separa nuestro valle de la inmensa planicie de la Limia y las mucho más lejanas y abruptas de la sierra de San Mamed, que nos regalan el espíritu, durante buena parte del año, con la visión encantadora y poética de sus nevadas cimas.

A nuestras plantas, tendida y reclinada en la falda del montículo que nos presta cariñoso albergue, indolente y perezosa, cual oriental Odalisca, ¡Celanova!, la Villa-Luz, para cuantos tenemos en ella el recuerdo de nuestras más poéticas visiones: la Villa-Corazón para cuantos en ella gozamos nuestros mejores amores: la ¡Villa-Alma!, para cuantos allí guardamos las memorias que más atraen, ligan, sugestionan y sojuzgan el espíritu, pues tienen por base el dolor, y el dolor es Sirena misteriosa que ejerce poderosa atracción sobre las almas todas.

Con el fin de dominar perfectamente el magnífico panorama, que preside orgullosa, cual imperial Sultana, la villa de nuestros amores, es ayudada la visión por prismáticos de poderoso alcance.

Un misterioso é irresistible poder nos fuerza á fijar la vista, antes de nada, en dos capillas, que si están casi juntas en la tierra, por razón de su emplazamiento, sepáralas hondo abismo en los cielos del espíritu.

La una, mansión augusta de la Madre de Dios, bajo la advocación de Virgen de la Encarnación, se destaca alegre y sonriente entre la verde alfombra de minúsculo cercado, y es Esperanza y Vida nuestra: la otra, asomando adusta y tétrica, en medio de lúgubre recinto donde caen y se des-

vanecen para siempre todos los dolores del hombre, es ¡Desolación y Muerte!...

Busca presurosa la vista, hurtándole al espíritu amargos recuerdos, la ingente mole del Convento, y espacíase gozosa contemplando la soberbia fábrica del inmenso monumento que fundó Rudesindo, donde nacimos á la vida del entendimiento, bajo la égida amorosa, de la ínclita Orden Calasancia.

Discurre luego la mirada, paseándose gozosa por el alegre caserío; por los huertos y maizales que lo circundan, matizados de adorables recuerdos, y vase á posar tranquila sobre el cercado; ¡el frondoso y fecundo cercado! templo un dia en que los antiguos monjes, presididos por Rosendo, adoraban á la madre Naturaleza, que allí vertió mil encantos y ameno escenario en que vida tuvieron nuestras mejores ánsias juveniles.

Profundo éxtasis nos embarga. Salta súbito la vista, saliendo brusca del ensueño, para explorar rápida, como en cinta cinematográfica, el paisaje que la solicita, y vamos viendo una por una, cuantas parroquias esmaltan el valle. Amoroce, destacando airosa en la línea del horizonte sensible: Cañón, que parece despierto centinela vigilando ansioso todo el paisaje: Ansemil, sesteando dichosa entre sotos y robledales: San Payo y San Munio de Veiga, entre la exhuberante fronda de prados, bosques y maizales: Santa Baya, Berredo y Pardavedra, recostadas indolentes en las laderas de la frontera sierra: Mourillones presidiendo el melancólico y sugestivo vallecito de su nombre y muy cerca la capillita de San Torcuato, perla engarzada en la corona mágica de nuestras dichas infantiles: Soutomel, Orga y Bobadela entre huertos y sembrados de temprana y rica florescencia: Villanueva de los Infantes, al pié de soberbio castillo que orgullosas escoltan señoriles mansiones de ilustre abolengo y en sus flancos de oriente la primorosa ermita de la Virgen del Cristal.

Quédanse cuerpo y mente estáticos al evocar la memoria del egregio Curros, que vino al mundo en este ambiente

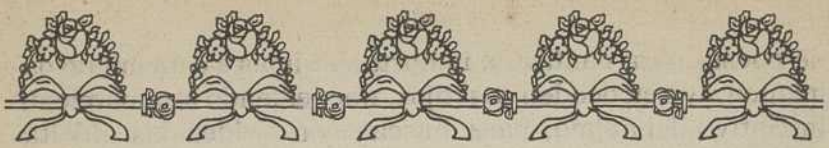
de poesía para cantar en inmortales rimas á esta milagrosa imagen, y retroceden los ojos, obedeciendo á movimiento instintivo del ánimo, para buscar con avidez las aldeitas de Penalta y Einibó, sobre cuyos humildes caseríos parece se cierne aleteando amorosa la silueta del inmortal poeta que eternizó sus nombres en dos de sus inspiradas creaciones...

.....

Oculto el Sol, las sombras de la noche nos envuelven ya y emprendemos la tarea de retorno al amado hogar, abismada el alma en un mar de reflexiones y satisfecho el cuerpo del higiénico ejercicio.

Cojemos, una vez llegados, los útiles de escribir y trazamos sobre el papel estas pocas líneas sobre un asunto, que como ya digimos al principio de este artículo, tanto desarrollo podía tener, si los apremios de espacio y forma que impone la literatura periodística lo consintiesen y si (esto sobre todo) la atrevida pluma, que no acierta á bien desflorarlo, estuviese mejor cortada.

Perdón, pues, lector amado, para el intento, que á buen seguro, no ha de colmar tus deseos.



. . .

H! Esperanza y vida nuestra! decíamos ha pocos dias, con la mirada fija en la mansión augusta de la Virgen de la Encarnación.

¡Oh! Esperanza y vida nuestra! siguieron repitiendo nuestros labios, por imperativo impulso del corazón, al recopilar por la noche, en visión íntima, las impresiones más hermosas de aquella tarde venturosa.

¡Oh! Poderosa é irresistible atracción de tan milagrosa Imagen, para cuantos son y para cuantos podemos titularnos, sin serlo, por faltarnos solo, para ostentar orgullosos tan preciada ejecutoria, la circunstancia del nacimiento, hijos de Celanova, por haber vivido y gozado aquí toda la vida consciente de relación social.

Cuando en mejores dias, con el espíritu ávido de contemplación estética, hacíamos alguna peregrinación artística á las vastas salas de nuestra gran Pinacotea del Prado de Madrid, al contemplar aquel encantador ramillete de Imágenes de la Rosa mística, tan admirablemente soñadas y con tantos primores de ejecución vertidas al lienzo, por inmortales pinceles, en gama bien distinta de composición y acierto, desde la Virgen de Tiépolo, que humanamente concebida y expresada por este artista, nos pareció siempre

hermosa y robusta doncella, arrancada á la prosa de humilde aldea, para ser vestida y presentada con atavíos y adornos de Celestial Princesa, hasta la portentosa idealidad Mariana, tan divinamente expresada, en su misterio de la Concepción, por la paleta del inmortal Murillo, la impresión estética era inmensa, avasalladora, arrobando entero nuestro espíritu, pero allá en el fondo del corazón aparecía siempre hermosa y sonriente, que allí estaba esculpida con caracteres indelebles, aquella otra Imagen; la tan amada; la nuestra; la que acogía amorosa las súplicas y lágrimas de nuestras santas madres y piadosas hermanas, derramando bendiciones y dichas, merced á su influjo, sobre nuestros tiernos corazones.

Recogidos en las intimidades del hogar, si para aquéllas entonaba la Musa del Arte himnos de admiración estética, para ésta suspiraba el corazón y musitaban los labios las más dulces y sentidas plegarias.

Cuando en nuestras correrías por el mundo, contemplábamos en Zaragoza aquella Imagen milagrosa del Pilar que los aragoneses y España entera adoran, con tanta fe y entusiasmo: en Valencia la de la Virgen de los Desamparados, deslumbrante de oro y pedrería: en Segovia, Murcia y Almería las tan hermosas de la Fuensanta, de la Fuencisela y del Mar, y en Sevilla aquel singular é imponderable desfile de Madonnas santas, ataviados sus cuerpos con los más ricos mantos y orladas sus frentes con las coronas más espléndidas, nuestros ojos se encendían en fervoroso entusiasmo; nuestra fantasía se arrebataba ante aquel espectáculo de esplendor y grandeza mística, único en el mundo, pero el corazón al replegarse sobre sí mismo, en sus reflexivas soledades, entonaba cantos de adoración ardiente á la nuestra; á la tan amada; á la Virgen Santísima de la Encarnación.

Su adorada Imagen preside la mesa que sostiene las níveas cuartillas en que son recogidas estas impresiones. Sobre su casta frente esplende regia corona que esmaltan las más preciadas joyas: nimba su rostro divino, rica toca,

que realza su celestial hermosura: soberbio manto de raso que festonean espigas de oro cubre su cuerpo: sus manecitas de cándida albura se cruzan delante del piadoso pecho, que fluye amoroso, perdón y bendiciones; es el conjunto, en suma, tan divinamente adorable, que contemplándolo con fijeza, se abisma y anonada el alma, y se desploma y humilla el cuerpo hasta quedar confundido con el polvo de la tierra, arrobado por entero el espíritu en divino éxtasis de adoración sublime.

¡Oh! Estrella de la mañana, que iluminas los senos misteriosos de la conciencia, cuando el error se estiende por sus profundos antros, procurando entenebrecerlos!

Amparo de enamorados que á tí claman y suspiran. Ultimo valuarte de supremo refugio á que se acoje cuando la acosa el infortunio, toda esa errabunda celanovería desparramada por el mundo; que prenda segura de consuelo y esperanza eres Tú, cuando la adversidad fustiga sus frentes y el angel del dolor cierne sus negras alas sobre sus atribulados corazones. Todos ellos creen y esperan en Tí, que acogiste con tanto amor las primeras oraciones que balbucieron sus labios y ostentas impresa en tu divina cara la pátina sagrada de la ardiente fe profesada por sus mayores. Por Tí suspiran y en Tí confian, para volver venturosos á la madre Patria, y rendir otra vez á tus plantas, aquel casto y suave perfume de devoción y piedad, que fluyó de sus pechos, cuando la inocencia y el candor juvenil eran vida de su ser y esencia de su alma.

* * *

UANDO no ha muchos dias, desde punto extratégico, explorábamos con ávida mirada los aledaños de nuestra villa, deseando descubrir y fijar en el alma los puntos cardinales que la orientan, en el espacio inmenso de la vida sentimental, la imantada aguja de misteriosa brújula que gobierna y dirije la Rosa de nuestros sentimientos, moviose incontinenti señalando como Norte capitalísimo de los mismos, dos capillas, que si están casi juntas en la tierra—decíamos entonces—por razón de su emplazamiento, sepáralas en los cielos del alma, profundo abismo.

Esperanza y vida nuestra es la una; mansión augusta de la Virgen de la Encarnación, para cuya adorada imagen entonamos ya pobres cantos, en el artículo precedente.

¡Desolación y Muerte! es la otra, que cerrada al culto se eleva ceñuda y triste en medio de lúgubre recinto, donde reposan para siempre las reliquias más santas y adoradas.

Su vista y contemplación ocasiónanos emoción hondísima, que no acertaremos seguramente á expresar en forma artística, una vez Naturaleza fué más bien que Madre Madrasta nuestra, al negarnos aquellos vislumbres y adivinaciones geniales, que discierne solamente, á los seres preferidos de los Dioses. Conjuraremos, no obstante, la Suprema Deidad que puede ayudarnos con sus favores, para

que nos consienta decir algo en forma adecuada á la grandiosidad del asunto, porque sentir, ¡ay! sentir... podemos asegurarlo parafraseando la frase del poeta: no cojería todo cuanto sentimos, en todo aquello que dejaremos por decir.

.....

¡Oh dolor! Manantial eterno de poesía! Deja que la Musa de las tristezas profundas venga á agitar dulcemente sus alas sobre nuestras caldeadas frentes para hacerlas vibrar ideas nobles, pensamientos elevados, y si no respondiesen al acariciador conjuro, taládralas sin piedad, hasta hacer gemir nuestros pechos, para que el desesperado sufrir les arranque amargos lamentos!

¡Oh! Muerte! muerte! que tanto pavor infundes á las almas todas, tan temerosas de adormirse en el dulce y tranquilo sueño de la quietud eterna!.

En tu profunda sima han ido despeñándose, dia por dia y hora por hora, nuestros cariños más puros, nuestras más santas afecciones. Así cambiaste, y en tan breve tiempo, la faz de este pueblo. No somos todavía viejos, aún cuando nuestro espíritu, por lo mucho que ha sufrido, lo va ya pareciendo, y si queremos referir hechos pasados, si intentamos reconstruir sucesos pretéritos, el escenario persiste, que la materia es inerte, pero la mitad de los nombres que atañen á actores conscientes de acciones pasadas, tenemos que acariciarlos con frase piadosa que á la misericordia Divina los encomiende.

Ancianos de figura venerable, que la tierna imaginación infantil envolvía en dulce aureola de prestigios y respetos: jóvenes arrebatados en la flor de la vida al cariño nuestro: niños que cual estrellas radiantes de felicidad y dichas, iluminaban el horizonte de venturosos ensueños, que sobre los destinos suyos aquí en la tierra se habían forjado sus amantes padres; cuantos ¡cuántos! dejándonos el corazón convertido en inmenso páramo, en erial desierto, yaceis inmóviles y rígidos en las tristes soledades de San Verísimo de Celanova!

.....

¡Dulces y amadas sombras de los que fuísteis gala y adorno de nuestra villa y vagais quejumbrosas por los ámbitos de ese fúnebre recinto, ¡cesad, cesad! en vuestra errabunda tarea y venid presurosas á contarnos vuestras cuitas, para poder fundirlas en el piadoso crisol de la gracia eterna, con el hálito místico de nuestras oraciones!

¡Manes ilustres de nuestros antepasados, que fuísteis honra y prez de este pueblo: venid, venid! corriendo á infiltrarnos en las venas aquella idealidad que palpitaba en vuestras serenas frentes y arrancadnos de este ambiente letal de miserias y concupiscencias, que apaga los últimos destellos de sublime espiritualidad que nos habeis legado!

.....

Cuando en las solemnes y poéticas horas de la noche oimos, al sonar las nueve, el triste tañido de la campana, que piadosa mano colgó de la torre de esa solitaria Iglesia que circunda vuestros osarios, el espíritu se extremece de emoción intensa, pues parece nos trae con los suyos el eco de vuestros lamentos; entre el ronco clamor de vuestras voces parécenos distinguir acentos severos de justísimo reproche formulado al mirarnos tan indiferentes y esquivos en acudir á honraros en adecuada forma.

¡Cenizas adoradas de nuestros padres, hermanos, amigos y convecinos; todos los que fuísteis aquí en el mundo luz de nuestros ojos; guia de nuestro entendimiento; consuelo de nuestras penas; alimento constante de los afectos más puros de nuestro corazón, de los amores más santos de nuestra alma, perdonad, perdonad! si embriagados con los deleznables y efímeros encantos de esta mísera vida, si ocupados solamente en la alegría de vivir, tenemos desatendida, casi olvidada, esa santa mansión donde dormís el sueño eterno, sin tener en cuenta, que la medida justa y exacta de la altura espiritual de la ciudad de los vivos, nos la da la atención cariñosa, el cuidado solícito con que es atendida la ciudad de los muertos.

Perdonad, perdonad!

A imantada aguja, que gobierna y dirije nuestros pensamientos, oriéntanos hoy hácia el Convento: esa ingente mole, que fundó San Rosendo; no con ánimo de registrar en estas cuartillas, la historia de tan hermoso monumento, ni tampoco las bellezas arquitectónicas que atesora, no; no van con ese rumbo nuestros propósitos.

Intentaremos solamente, respondiendo al título de estos artículos, recojer las felices remembranzas que para nosotros pululan y bullen en sus vastas estancias, en sus ámbitos inmensos.

Con efecto; nuestra encantadora edad de oro tuvo, dentro de su recia fábrica por escenario de sus placeres más puros, de sus bienandanzas más íntimas, de los hechos más culminantes y decisivos para sus futuros destinos, su monumental Iglesia, donde nos educaron en el santo temor de Dios, en los sabios preceptos de su ley divina y en las prácticas constantes de su divino culto, esos bienhechores de la humanidad, que forman, entre las milicias de Cristo dedicadas á disipar las tinieblas de la ignorancia, el brillante escuadrón de la Orden Calasancia; sus espaciosas aulas, donde amorosos y humildes, con paciencia de santo, fueron dorando nuestras inteligencias, en el sagrado fuego

de la Religión y la Ciencia; sus ámplios y artísticos claustros, donde se diluyeron, tan feliz y fugazmente, horas y horas en la expansión dichosa de juegos y diversiones; el Oratorio, donde gozosas y frescas sonaban nuestras tiernas voces, entonando aquellos ejercicios de canto dominical en alabanza del Señor y de la Virgen, que recogió para siempre la memoria juvenil, tan sensible á las impresiones musicales del ritmo; la Sala de estudios, con sus horas, si escasas ¡ay! de placer para muchos, pletóricas de fructíferos resultados para todos; los dormitorios, donde germinaron y florecieron nuestros ensueños más cándidos; el Salón de Actos, donde tuvieron lugar tantos torneos de la inteligencia, tantas fiestas artísticas, que quedaron cual piedra miliaria, señalando en nuestro espíritu los dias mas inolvidables...

¡Oh! recinto mágico, que tan imborrables recuerdos evocas! No podemos fijar la vista en sitio determinado de tu vasto ambiente, sin que nos salten y bailen delante de los ojos escenas memorables; no podemos clavar la mirada en punto cualquiera de tu extensión, sin evocar la memoria de tanto y tanto camarada de los tiempos juveniles, que compartió con nosotros los encantos de la vida estudiantil, diseminados hoy por el mundo, (los que han podido evadir el tributo á la muerte) en bien distinta condición de mérito y fortuna.

No podemos parar mientes, un momento siquiera, en tu moderna historia, sin que aparezcan en los altares de nuestro corazón, sonriéndonos amorosas y dulces como en otros tiempos, las figuras venerables de los que fueron nuestros queridos profesores.

Todavía viven y alientan algunos de ellos.

Todavía discurre por tus amplias galerías respetable anciano, el Padre Alejo Blanco; que es para nosotros, algo así como una institución en torno de la cual giran los recuerdos más venturosos, del brazo de los más acendrados y cariñosos respetos. Si con efecto nos hablan tus vetustas paredes; si charlan con nosotros tus más ocultos rincones;

si toda tu masa inerte y muda tiene la misteriosa y poética facultad de platicarnos con dulces y melodiosas palabras, ¡qué no nos dirá ese tesoro viviente y pensante que nos ha prodigado dentro de tu recinto, en los tiernos años de la infancia, las más santas caricias, las más inolvidables enseñanzas!

.....

Todo conspira ¡oh! ingente monumento á hacerte grande y sublime para nosotros.

Tu fuiste *alma mater* de nuestras incipientes inteligencias, alimentadas y nutridas constante y amorosamente con el raudal potente de tus sabias enseñanzas.

Tu eres la atrayente y dulce mansión, dentro de cuyas paredes descansan y dormitan, cual alados cefirillos, en espera del beso de la memoria que los acaricie y despierte á la palpitación de un momento, para volver á volar de ángulo en ángulo, de columna en columna, esos cien mil deliciosos recuerdos de dichos, de hechos, de escenas, que cual sonrientes rosas, esmaltaron el jardín espléndido de nuestros juveniles años.

Eres tu el panteón sagrado donde yacen sepultos, para resucitar acaso en la Gloria, porque solo allí pueden volverse á sentir, aquellos momentos sublimes en que cuerpo y alma vibraban al unísono, formando dulce concierto de santa y pura alegría, y que parecían algo así como un aura anticipada de las horas celestiales, que por piadosa concesión del Altísimo, venía á acariciarnos.

Quisiéramos tener la exquisita sensibilidad de alma de un artista y el aliento poderoso del genio, para recojer con fortuna, en el misterioso silencio de tu poético ambiente, el eco de las plateadas voces, que rebosantes de alegría y en confuso y ensordecedor torbellino, resonaron palpitantes de emoción y gozo en tus extensos ámbitos; el blando acento de los melosos himnos al angel de los amores, tan propicio á refugiarse en corazones tiernos, que bajo tus ámplias naves se entonaron; las mil y mil manifestaciones de vida y dicha, que en la candente arena de tus patios

desbordaban durante las dulces horas del recreo. Todo cuanto en tu seno fué amor, animación, entusiasmo, gloria, alegría y dolores (que también los había, aún cuando su reinado era efímero), merecía el canto de un verdadero Poeta, que en notas y filigranas de arte nos fuese presentando esa inmensa gama de afectos é idealidades, que emerge sana y pura del corazón de los adolescentes y de su ardiente fantasía.

Si nuestro Curros viviese, brindaríamos este apunte á su musa soberana, que solo ella acertaría á cantarlo.

LA ALAMEDA

EN la calle llamada antiguamente de la Botica, que hoy lleva el nombre de un ilustre hijo de este pueblo, Cesáreo Fernández Losada, cercado en sus lados norte y oeste, fronteros á la parte más urbanizada de la misma, por alto, espeso y antiartístico muro que le da el fúnebre aspecto de triste mansión de muertos, y por los otros dos puntos cardinales completamente desguarnecido de toda defensa contra el inminente peligro de medir la altura con el cuerpo, el mortal que se acerque á sus límites, se encuentra esa porción de terreno en cuadro, denominado Alameda, de llana y raspada superficie, dividido en cinco paseos paralelos, de idéntica longitud y desigual anchura, sembrado de árboles que ostentan sus airosos troncos y frondosas copas en correcta línea, y sin más comodidad y adorno que unos cuantos asientos de piedra y las seis elegantes columnas de hierro que soportan el alumbrado eléctrico.

Su perímetro encierra glorias sin cuento, de recordación eterna.

Antes de abandonarnos á ellas un momento, hagamos un poco de historia.

***

Un Alcalde de feliz memoria, cuyo recuerdo perdurará entre nosotros, por su admirable gestión al frente de los intereses del municipio, D. Manuel Valcarcel, convirtió aquellos parajes, antes yermos é incultos, en agradable sitio de recreo.

Cuantos le recuerdan por aquel entonces, á raiz de su transformación en jardín público, se hacen lenguas del hermoso aspecto que presentaba.

Nosotros no alcanzamos á verle en toda su lozanía y esplendor, porque en nuestra niñez había ya dado fin de muchos de sus plantíos de jardinería, no la mano destructora del tiempo, que todavía no transcurriera en forma y medida suficientes á conseguirlo, sino la acción inconsiderada y malévola de la chusma juvenil, indirectamente alentada por la pasividad y apatía de las autoridades, que sucedieron en el mando al celoso alcalde que dejamos nombrado.

Recordamos todavía las acacias plantadas en cuarteles de mirto y rosales, que cual cinturón de esmeraldas, esmaltado de rosadas perlas, le ceñía antiguamente.

Aquellos arrogantes y recios negrillos que elevaban sus frondosas copas por encima del tejado del vecino convento, cedieron su puesto á los airosos plátanos que hoy le sombrean y adornan.

Un honrado comerciante de esta localidad, amigo consecuente del señor Canido, que desempeñó largos años la alcaldía, realizó esta mejora; sustituyó las antiguas y antiestéticas farolas con las columnas ya mencionadas, é hizo construir también el muro que, según general opinión, da un aspecto severo y tétrico á un lugar de amenidad y recreo.

*
* *

En los hermosos tiempos de la niñez ¡cuánto gozamos y nos divertimos todos en aquellos lugares tan amenos!

Allí jugábamos de mocosuelos al trompo, al palmo, á la billarda y al marro, y tanto y tan continuado era nuestro ir y venir de un sitio para otro, tanta y tan seguida movilidad desplegábamos, que su suelo fué medido millones de veces por nuestras plantas y recorrido otras tantas por nuestros inquietos y saltadores músculos.

En aquellos asientos de piedra nos congregábamos á descansar de las fatigas que había puesto en nuestro delicado organismo el excesivo movimiento, y allí, aquietados los azogados nervios y en íntimo coloquio, nos referíamos mútuamente, con esa ingenuidad y franqueza que nos robaron luego los años y los desengaños sufridos, tantas y tantas cosas que esconderíamos hoy en el fondo del corazón, abroquelado contra toda clase de ingénuas expansiones é inexpertas claridades.

Cuando un tanto desarrollados ya nuestros cuerpos, las primeras caricias del alado cupidillo, que tanto trastorna los corazones juveniles, resbalaron por la delicada epidermis de nuestras enardecidas sienes, para caer dulcemente, con deleitoso cosquilleo, sobre nuestros tiernos corazones, tan asequibles á ellas; ¡cuántas dulces palabras, de amorosa protesta, musitaron nuestros labios al oido de aquellas encantadoras niñas de entonces, convertidas hoy en opulentas matronas, con hijas casaderas muchas de ellas. ¡Qué miradas tan ardientes irradiaban nuestros ojos inflamados en la llama pudorosa y limpia del más casto y puro de los amores! ¡Cuánta dicha! ¡Cuánta felicidad no vuelta á ser disfrutada!

Allí, en las tranquilas noches estivales, con una mano en el mástil, la otra en las cuerdas de la guitarra y en la voz esos tonos calientes y robustos de la púbera edad, dábamos al viento aquellas memorables canciones, que no se olvidan nunca y que tan grato solaz nos ocasionan toda-

vía, cuando nos abandonamos al consolador recuerdo de aquellos dichosos tiempos, que el evocador conjuro de la música acerca tanto á la memoria infiltrando un suave y delicioso aroma de poética y dulce melancolía en nuestros corazones.

Cuando abandonados por completo á nuestros pensamientos, discurrimos á solas por aquellos paseos, tantas cosas se nos vienen á la mente, que tuvieron realidad en ellos, que sin salir de allí, casi podíamos reconstituir toda nuestra historia juvenil, pues en su seno se iniciaron, ó desarrollaron, ó tuvieron feliz remate, los hechos más culminantes de la misma.

Aquel ambiente está hoy por completo saturado de añoranzas para nosotros, henchido de nostalgias é impregnado de suspiros por las pasadas ilusiones.

Esos furiosos vendabales que las vertientes de Amoroce sobre él desatan, renuevan constantemente su contextura física, pero el aspecto ideal que tanto impresionó nuestras almas dura, revive, persiste y flota siempre en este adorable perímetro de la Alameda.

Salve, hermoso recinto, donde aprendimos á conjugar el más armonioso y sobado de todos los verbos; donde emitimos las notas más tiernas y sentidas de nuestras sonoras voces; donde adquirieron energía y desarrollo nuestros cuerpos; donde latieron tan intensamente nuestros corazones. Dios te salve de las injurias del tiempo y devuelva el esplendor y lozanía que orgulloso, en otra época, ostentabas.

Los Colegiales

Cuando los contemplamos en larga y compacta fila á cuya cabeza forman los más jóvenes y pequeñuelos y en cuyo fondo destacan las siluetas de los más recios y corpulentos, tocadas sus cabezas con la gorra de plato, en cuyo centro campea la aurífera borla y á cuyo frente van las simbólicas letras de la Escuela Pía; presididos todos por el Padre Escolapio de tanda, atravesando alegres y gozosos, los jueves y domingos, las calles de la villa, para alcanzar algún ameno sitio, de los que tanto abundan en sus pintorescos alrededores, donde poder dedicarse á su libre albedrío á los juegos y ejercicios generadores de salud para el cuerpo y encanto para el espíritu, nuestro corazón palpita con más fuerza y vigor que nunca, como si retrocediese á los llorados tiempos en que formaba jubiloso en esas aladas huestes, lleno de fé en la vida y repleto de esperanzas para lo porvenir.

¡Cuántos, cuántos recuerdos evoca la atrayente y dulce visión de esa lozana y brillante juventud escolar, que bruñe su cerebro y esmalta su corazón bajo la égida amorosa y científica de los hijos de Calasanz!

Al contemplarlos se engolfa el alma y se espacia la mente, en las claras linfas del sereno y riente mar, de las más amadas añoranzas.

Nosotros, como ellos, fuimos también colegiales; como ellos, hemos saboreado el exquisito dulzor de horas inolvidables, que discurrieron veloces, en aquellas espaciosas galerías del soberbio edificio, un dia albergue nuestro, abiertas al sol por cien ventanales distintos, y hurtadas á la lluvia por altas y recias techumbres; como ellos, nos hemos regalado en la amplia y serena claridad de aquellos magestuosos y artísticos claustros, donde resonaron los acentos más cálidos, vibrantes y puros de nuestras juveniles voces, donde estallaron de dicha nuestros inquietos nervios, donde brillaron fugaces mil y mil ideas y propósitos fantásticos, generados al rescoldo calenturiento de nuestras alocadas imaginaciones.

¡El Convento!... Cuando la casualidad ó algún menester nos llevan á esa arca santa, que cierra con llave de oro las páginas más sublimes de la primavera de la vida, al trasponer los umbrales de esa mansión augusta, donde nacimos á la vida del entendimiento, á la actividad consciente de relación social, un respeto profundo se apodera de nuestro espíritu, un misterioso fervor de religiosa devoción se despierta en nuestra alma hacia ese Palacio ideal, donde germinaron nuestros ensueños más cándidos, nuestros sentimientos más generosos, al mismo tiempo que se esculpían en la mente los conocimientos de ciencias y letras, base y cimiento de ulteriores estudios, y en el corazón las divinas enseñanzas del Crucificado.

¡Qué de remembranzas encierra el Convento!

El más oscuro é ignorado rincón, el ángulo más oculto é insospechado, podría regalarnos hoy el oido, si respondiese á un conjuro nuestro, con el eco de aquellos alegres cantos que hasta él llegaban, diluidos y amortiguados, en alas del viento; con la reproducción de aquellas apasionadas, ardientes discusiones, que hasta él llevaban sus tonos

calientes é inestables, de versátil mariposa, apenas nacidos y ya muertos, para revivir ligeros, cuestionando un tanto de pelota, ó la mayor ó menor habilidad y resistencia en ejercicios de agilidad y fuerza.

Y si esto decimos del más ignorado y oculto rincón del Convento de Celanova, ¿qué no tendríamos que añadir hablando de aquellos ámplios aposentos, escenario constante de juegos y diversiones, de estudios y trabajos, de actos de devoción y piedad, de candorosos y tranquilos sueños?

No hace muchos dias discurríamos al acaso, y solos, por aquellas vastas estancias, sin más acompañamiento que nuestros propios pensamientos, sin otra comunicación que con nuestro propio espíritu, y más y mejor vivimos y gozamos en tales momentos, que si durante ellos hubiesen arrullado nuestro oido las lenguas más ingeniosas y parleras con las palabras más espirituales y atentas.

Y, ¿qué mejor lenguaje podría solazarnos el alma, que el de aquellas antiguas, inolvidadas melodías, misteriosamente deslizado, en la sugestionada región de la fantasía, por esos testigos vivientes de nuestras mejores dichas?...

¡La Sala de Estudios!... recordándonos las horas más fructíferas y trascendentales para nuestros destinos en el mundo, pasadas allí dentro ocupadas en disipar las espesas tinieblas de la ignorancia, que se cernían tenaces, sobre nuestro incipiente cerebro...

¡El Oratorio!... trayéndonos á la memoria la iniciación de nuestras almas, en las prácticas de religión y moral; los ejercicios espirituales, ejecutados allí diariamente, para incluir nuestro espíritu, en la gracia del Señor; aquellos cantos religiosos del domingo, en que las puras y argentinas voces sonaban con acentos de candor é inocencia, prestados por el angel que anidaba entonces en los tiernos corazones...

¡El Gimnasio!... donde se distendian y confortaban nuestros frágiles nervios; consolidábanse nuestros crecientes

músculos, y establecíase equilibrio, harmonía y fuerza en todo el organismo...

¡El Salón de Actos!... severo tamíz de nuestra suficiencia científica, y animado palenque de nuestros torneos artísticos...

¡El Refectorio!... lugar de sosiego para las actividades psíquicas y causa generadora de sangre y músculos...

¡Los Dormitorios!... Venturoso huerto, donde germinaron y florecieron los ensueños color de rosa, alternando con tal cual molesta pesadilla, ocasionada por la idea del deber incumplido, y el fantasma enojoso del castigo esperado...

¡Las Cátedras!... Laboratorio eficiente de nuestros destinos en el mundo...

¡Los Claustros!.. ¡Ah! ¡Los Claustros!.. en esa candente arena de nuestra vida de placer y esparcimiento, centellean con todos los cambiantes y reverberaciones del prisma, al evocador conjuro de la memoria, las remembranzas más amables y dichosas, de nuestra vida colegial.

Bajo aquellas simétricas y harmoniosas arcadas; en la espléndida claridad de aquel patio vibrante de luz y alegría, discurrieron las horas más doradas y felices. Allí fulguraron nuestros infantiles cerebros, las ideas más contradictorias y se enardeció el corazón, con los pretextos más fútiles: allí resonó nuestra voz, en esa inmensa gama de matices y colores, que imprime á su timbre purísimo, la expontánea sinceridad del niño: allí alcanzaron plenitud y firmeza nuestros sentidos, vigor y fuerza nuestros músculos: es allí, en suma, donde radica la parte no diremos más importante—que para eso están el Oratorio y Cátedras—pero sí más interesante de nuestra vida de internos.

Bien lo pregonan á todos los vientos las inscripciones grabadas en columnas y paredes. Existen á cientos, y así, por tan sencillo medio, han inmortalizado su nombre por igual, quien, como el Sr. Cobián, por ejemplo, llegó á los Consejos de la Corona, y álguien que, por su mala estrella ó mala cabeza, sufre abatido y gimiente los tristes rigores del infortunio.

Ténganlo presente los actuales colegiales, para inspirarse en tan vivos y elocuentes ejemplos. No olviden que los que han llegado á ser algo en la vida, si se entregaron con expansión y alegría al placer y esparcimiento de los claustros, se dieron cuenta también de que atravesaban la época más transcendental y eficiente de elaboración de sus destinos, para entregarse igualmente con todo amor y entusiasmo á la redentora tarea de aplicación al estudio. ¡No lo olviden jamás!

"A festa d'os rapaces„

oy día 15 de Mayo, promediada ya la gentil Primavera, cuando nuestras pupilas se dilatan ansiosas para recoger en toda su amplitud y pureza, como en límpido espejo, la deliciosa imagen del paisaje celanovense, revestido de sus galas mejores; cuando nuestros pulmones se esponjan y ensanchan para aspirar gozosos el oxigenado ambiente primaveral, que trae envuelto en sus auras sutiles los penetrantes aromas de las campestres flores, también el alma entera de cuantos hijos de esta tierra vamos sintiéndonos caducos y vencidos por la acción demoledora del tiempo, se abre sonriente y soñadora á las más dulces añoranzas; á las memorias más consoladoras y gratas, afanosa y ufana de poder á su antojo recrearse en ellas.

Hoy día 15 de Mayo, para cuantos fuimos criados en este risueño rincón de Galicia, es data memorable que trae á la mente la impresión hermosa de infantil alegría con que era celebrada en tiempos mejores, la fiesta de San Torcuato, llamada en Celanova «a festa d'os rapaces», y dígannos cuantos celanoveses hoy peinan canas; cuantos han tenido que despedirse para siempre de la edad de las ilusiones;

cuantos tienen que sufrir resignados y pacientes el devastador é injurioso azote de los años, si ante el conjuro evocador de un día para nosotros tan inolvidable, no debemos franquear de par en par los portillos todos del alma, para que á sus anchas penetren por ellos, esos mil y mil recuerdos de nuestra edad de oro, que pululan y saltan, cual alados amorcillos, por los pintorescos aledaños de aquella gentil capilla de nuestros amores, que en los tiempos juveniles, de constante ensueño, se nos aparecía á todas horas despiertos ó dormidos, para prometernos, siempre amable y generosa, el día más feliz de todos los del año; el día 15 de Mayo.

Demos pues rienda suelta á la imaginación en este momento, y ayudémonos de la memoria para recrear al alma con remembranzas de ese día lleno de encanto y dichas, que no han de volver á ser realidad en la vida, para los que en ella vamos ya declinado...

***

Cuantos mocosuelos concurríamos ahora hace treinta y tantos años á las escuelas de esta villa, soñábamos en aquel entonces, un día sí y otro también, con la romería de San Torcuato.

Acuciada nuestra infantil imaginación por la tenaz y persistente idea de reunir las perrillas suficientes á sufragar el coste de la surtida merienda que habíamos de saborear deleitosamente en la tarde de la adorada fiesta, provistábamonos para mejor lograrlo, del correspondiente peto, y tantas veces la gustábamos, *in mente,* cuantas sentíamos el metálico tintineo producido por cada monedilla al deslizarse suavemente por la estrecha ranura del barroso artefacto, y chocar con las ya depositadas en el fondo del mismo.

Llegado que era el ansiado día, rompíase en cien pedazos el continente, para gozar del supremo placer de recrearnos contemplando el tesoro contenido, y contar y

recontar, con verdadero deleite, las *cadeliñas* que lo formaban.

Embolsado el dinero en las faltriqueras, reuníamonos los muchachuelos convenidos de antemano para ir juntos y en alegre pandilla á la fiesta, y juntos también celebrar la suspirada merienda, y saltando regocijados por aquellos tortuosos senderos que conducen á la inmediata capillita de San Torcuato, llegábamos afanosos de dedicarnos á la grata tarea de comprar, previas frecuentes discusiones y repetidas consultas, acerca de su mérito intrínseco las mejores frutas y los dulces más sabrosos, que habían de servir de postrero y digno remate al delicioso ágape que nos esperaba.

Terminada esta laboriosa tarea, dirigíamonos presurosos á las frondosas robledas que esmaltan con su verdor y frescura la campiña situada en la parte Norte de la hermita del Santo, para luego de escoger el sitio de más agrado, allá en los más íntimos y poéticos misterios de la fronda, dedicarnos con todo ardor y entusiasmo á la gratísima tarea de engullir con la avidez de hambrientos pajarillos, las vituallas aportadas, intercalando entre bocado y bocado, sendos tragos de aquel rico tinto del Avia, que si con sus reflejos de rubí cautivaba nuestros ojos, con su amoroso olorcillo enamoraba nuestro olfato y con la eficacia maravillosa de su fuerza alcohólica, multiplicaba las energías generadoras de aquélla, nunca con tal intensidad vuelta á ser sentida, alegría de vivir.

¡Quién supiera describir en adecuada forma las animadísimas escenas que tenían por fondo y marco aquel delicioso rincón de la Naturaleza!

Entre juegos, canto y broma, se iba entera la tarde aquella, desquitándonos en tan felices horas de los sufrires y penares ocasionados por la enervante y aborrecida disciplina escolar.

Vibraba, á ratos, en las infantiles almas, la lozana poesía de su fácil vena melódica, y nuestras frescas y plateadas voces se mezclaban con los suaves y canoros trinos

de los parleros pajarillos, que atraídos por nuestra sugestiva alegría, piaban como locuelos, saltando gozosos por entre las hospitalarias ramas, que protegían nuestros tiernos cuerpecitos de los ardientes rayos del sol de Mayo, formando entre todos el más acordado y sonoro de los conciertos.

Enardecido nuestro espíritu, abrasábase entero en la intensa llama del ardor juvenil, y tras un juego venía otro juego, eslabonándose unos en otros los más dulces cantares y los más ingeniosos decires, hasta que, rendidos por la fatiga, buscaban nuestros minúsculos cuerpos algún descanso, inmovilizándose un momento para recibir tranquilos la caricia atemperante de las perfumadas auras con que los regalaba amorosa la verde floresta, y volver, repuestos luego, á cantar y reir locamente con aquel entusiasmo infatigable de los dorados años.

Al ir á ocultarse el sol detrás de los altos montes, la pandilla de mocosuelos, levantando sus reales, encaminábase hacia los exiguos y escarpados altozanos que circundan la capilla del festejado Santo, donde la renombrada gaita del Penalta, que inmortalizó el divino estro de nuestro Curros Enríquez, suspiraba tiernamente «airiños» de nuestra tierra. (1)

Al son de la gaita bailaban los mozos y mozas, y hasta los señoritos y señoritas lo hacían también, á campo raso, por aquel entonces, y nosotros, aunque miserables arrapiezos, teníamos arrestos suficientes para alternar con todos, que inflamados de pueril vanidad, no queríamos ser menos que el primero de cuantos allí bailasen.

Comenzaba á arder ya en nuestras almas la divina y vi-

---

(1) «Dempois d'o tempo pasado
¡pasado pr'a non volver!
com'on Profeta ispirado
inda m'o parece ver
n'a festa d'o San Trocado.»

decía en sublimes versos, de aquel Mago de gaitero nuestro excelso poeta, quien pasó también, en sus tiernos años, por idénticas ó parecidas impresiones, á las aquí tan pobremente descritas.

vificante llama del amor. Cada mocosuelo tenía su correspondiente novia, á la que se acercaba animoso, para entablar con ella los más dulces y sentidos coloquios. ¡Quién pudiera encontrar en estas alturas aquellas lindas palabras, tan suavemente suspiradas al oído de las niñas!... ¡El celestial aroma que exhalaban se alejó para siempre de nosotros, dejándonos solamente la borrosa impresión de un lejano recuerdo, que se fué diluyendo paulatinamente, hasta desaparecer casi del todo, entre los dolores y quebrantos de la vida!

¡Cuantos años no daríamos de esta arrastrada existencia si sonasen á contento, hoy en día, como en esa edad tan llorada, nuestros actuales acentos! Eso ya no puede ser, y como ser ya no puede, envolveremos tranquilos y serenos nuestro atribulado espíritu en los piadosos y místicos cendales de la resignación y la paciencia...

.....

Al espesarse las sombras de la noche emprendíamos el regreso á Celanova, escoltando dichosos aquel bando de aladas mariposillas que nos tiranizaba con sus encantos, entonando todos el cantar de moda y el clásico y gallego *a-la-la*. ¡Qué letrillas tan cariñosas nos inspiraban aquellas lindas muñecas!

¡Qué tristezas y congojas nos asaltaban al acercarse el temido momento de la separación, y qué caritas alargadas por el dolor ocasionaba la fatídica idea de no volver á verlas hasta el nuevo día!

¡Qué de mimos y ternezas se cambiaban al darnos la última despedida, y cuantas veces volvíamos todavía hacia ellas el afligido semblante, hasta que al ir á ocultarse ya el sol de nuestra dicha, las enviábamos el último adios, envuelto en la postrer mirada! ¡Qué tiempos; qué tiempos aquellos!...

.....

Recogidos, por último, en las intimidades del hogar, nuestros cuerpos derrengados y maltrechos, con el continuo ajetreo de aquel día, se desplomaban inertes en el

lecho, buscando el ansiado reposo para los molidos miembros.

Toda aquella noche discurría entera, soñando dulcemente los rapazuelos de la escuela con la encantadora Meiga que despertara en nuestro corazón las primeras ansias amorosas; con la diminuta Hada que nos había enloquecido con sus hechizos; con la única mujer que acaso el Destino atravesara en nuestro camino para endulzarnos las horas amargas de la vida, y que, inclemente y despiadado, separó para siempre de nuestro lado, robándole acaso al alma la única ocasión de conocer á fondo los misteriosos secretos de ese puro y divino amor, tantas veces soñado y nunca por completo logrado en esta vida.

.....

.....

¡Quién pudiera desandar tantos años como de entonces acá han pasado, injuriando nuestros cuerpos y helando nuestras almas, para volver, ¡oh, fiesta adorada!, á disfrutar, como en los dorados tiempos, del sugestivo encanto de tus horas inolvidables!

¡Los "Josés" de Antaño!

Pasó fugaz el día del Santo Patriarca José, renovando en nuestro ánimo el recuerdo de tiempos pasados, cuando aquella generación de «Pepes», yacente hoy en las tristes soledades del sepulcro, celebraba su fiesta onomástica con el rumbo y esplendor tan corriente entonces, que los recursos económicos no revestían ciertamente la importancia de ahora, pero en cambio el espíritu franco y sincero de las gentes daba origen á actos de verdera fraternidad social, que va extinguiendo el soplo helado y seco de las corrientes modernas.

Pasó de prisa el memorable dia, y los que vivimos con los ojos del alma clavados constantemente en la misteriosa y atrayente niebla del pasado, más placer sentimos explorando con la memoria las cenicientas brumas que se ciernen pertinaces sobre el lejano horizonte en que los sagrados recuerdos anidan, que en vivir y disfrutar la enteca y mísera realidad presente.

.....

La tarde brumosa y triste de aquel día 19 de Marzo convidaba al ensueño. La tupida cerrazón del horizonte entenebrecía el paisaje de las cercanías de San Verísimo,

que contemplábamos llenos de religioso silencio, con el alma entera poseída de sublime éxtasis y adoracion ferviente hacia las más santas memorias.

Obedeciendo al conjuro, que rápido hicimos, fueron desfilando por la placa imantada y calenturienta de nuestra excitada fantasía, las venerables sombras de los «Josés» de otro tiempo.

Apareció en primer término, acariciando el húmedo y tembloroso cristal de nuestra retina, la más amada entre todas para nosotros, por especialísimas razones de afecto y sangre: la de «D. José Benito Mendez».

Con su faz rasurada y oblonga, la vemos pasar atónitos; apagado el brillo de los ojos por cruel dolencia, blanco el cabello como la nieve de los Alpes, amplia y severa la frente, con las sienes taladradas de tanto pensar en los suyos, tocada la cabeza con sombrero negro flexible y cubiertos los hombros con la española capa; su andar trabajoso y difícil ya por el peso de los años, le obliga á apoyarse en recio cayado... ¡ay, adorada sombra!... ¡Si uno pudiera abrazarte!...

Con su eterna sonrisa de bondad y su mirar casto y puro como el de los propios ángeles, aparecióseños luego la imagen del «Padre José Santiño», para dejarnos el alma como nadando en mieles, ¡tan dulce candor la informaba!

Apoyada en recio bastón, con andar decidido y resuelto que no entorpece el peso de los años, vemos pasar la exigua y enhiesta silueta del que engendró el más esclarecido de los ingenios celanovenses; «D. José Curros».

Grave y austera pasa la sombra del político más influyente que hubo por estos contornos: «D. José Benito Reza».

Dulce y simpática, con un aleteo constante de sonrisa en los labios, surge la de «D. Pepe Vazquez».

Con aquella cara tan llena de color y vida, como su espíritu lo estaba de nobles y generosos sentimientos, se nos aparece la sombra de «D. José Lezón».

Muy abiertos los ojos, como abierta estaba siempre su voluntad honrada y dispuesta á toda clase de actividades y trabajos, la de «D. José Capelo».

Melancólica y serena, dejando entrever en su dulce y formal continente la dignidad de su carácter, la elevación de su entendimiento y la nobleza de su corazón, se nos aparece la imagen de «Pepe Burdeos».

Rezumando bondad y hombría de bien por todos sus poros, la de su tio «D. Pepe Estevez», y tras estas van pasando la de «D. José Vazquez Casulleiro», «D. José Rodriguez Villarino», «D. José Ricón» y tantas otras dulces y amadas sombras de los «Josés», que fueron gala y ornamento de esta villa, y vagan de contínuo quejumbrosas y dolidas de nuestro olvido, por los ámbitos sombríos del recinto fúnebre que exploraron nuestros ojos, bañados en llanto, la tarde brumosa y triste del dia 19 de Marzo.

Todavia surgen más tarde, de la placa misteriosa y febricitante de nuestra agitada fantasía, las imágenes de otros «Josés», que fueron también adorno de esta villa, y cuyos mortales despojos yacen lejos de ella, recibiendo sus venerandas sombras, al ser encuadradas en el fragil espejo de nuestra memoria, sincero homenaje de amor y cariño.

«D. José Meleiro», el digno Juez de instrucción, fallecido en Ribadeo; «Pepe Moure», el infortunado Pepe Moure! de hermoso corazón y mala cabeza, que pobre y sin ventura murió en un hospital de Madrid; «Pepe Fernández Vázquez», el médico fallecido recientemente en la Pereira; «Pepe Senra», muerto en un hospital militar cuando la guerra del Norte; «José Benito González» de la Rua Nova, que tuvo un fin tan trágico como inesperado, y otros muchos .. muchos... tantos, que no caben en estas cuartillas...

.....

Ya las sombras de la noche envolvían la muda y lóbrega naturaleza que nos circundaba, cuando regresamos al tranquilo hogar, satisfechos de haber empleado la tarde dedicados á sorprender entre las misteriosas y atrayentes

nieblas del pasado, la silueta augusta de los «Josés» de antaño, que duermen, en su mayoría, el sueño eterno en las tristes soledades de San Verísimo, y fueron todos gloria y orgullo de Celanova en los memorables tiempos de nuestra edad dichosa.

LA CAMPANA GRANDE

DENTRO de la esfera de todo cuanto en los pasados tiempos hizo extremecer las fibras más íntimas y secretas de nuestra alma, destaca en primera línea la Campana grande de Celanova, conjuro mágico de las alegrías más intensas, y memorables y evocador siniestro también de las tristezas más profundas y sentidas.

Al calor del dulce y blando acento de su plateada voz germinaron y florecieron nuestros ensueños más cándidos, nuestras ilusiones más venturosas, todo esa suerte de secretas energías que distendieron amorosas los infantiles nervios, haciendo vibrar las células más ocultas de nuestro organismo, que estallaba de entusiasmo, con el placer inmenso de la alegría de vivir, suscitada en nosotros por tan mágica y musical campana.

Sus redobles y repiques de sonoridad única, extraordinaria, despertaron en nosotros el encanto más poderoso, cuando llenaban el espacio en amigable consorcio con el parlero y pastoril sonido de la gaita del Penalta y los armoniosos ecos de la banda de música que dirigía el hoy anciano y retirado maestro Sánchez.

¿Quién puede olvidar el singular papel que siempre ha tenido en nuestras más grandes alegrías tan cariñosa amiga?

¿Quién ha olvidado ya los extremecimientos de placer, la dichosa inquietud que ocasionaban sus claros y vibrantes acentos cuando hacían saltar de contento nuestros regocijados cuerpos, al anunciar el comienzo de los festejos en aquellas felices vísperas de San Sebastián, las Marzas, Corpus Christi, la Encarnación, San Roque, San José de Calasanz y San Verísimo?

¿Quién ha podido olvidar aquella dulce emoción con que se unía á nuestros placeres más puros, á nuestras dichas más intensas?

Nadie que tenga memoria y corazón puede haberlo olvidado.

Pero esa campana de nuestros amores no fué solo nuncio y compañera inseparable de bienandanzas y júbilos, también fué nuestra fiel y leal aliada en los momentos más amargos de la vida.

Cuando la devastadora llama de voraz incendio amenazaba devorar el pueblo entero, la campana llevaba el eco de su penetrante y espantado sonido á los caseríos más remotos del valle, para que sus habitantes acudiesen presurosos á su generoso llamamiento, prestándonos ayuda y consuelo.

Cuando la vida de un vecino corría inminente peligro de muerte, los auxilios de la religión, acordados para el paciente, nos eran notificados por ella, con aquellos solemnes y majestuosos plañidos con que anunciaba al pueblo que el Rey de Reyes salía del augusto tabernáculo en busca del atribulado enfermo, para fortalecer su espíritu con la divina gracia

La gratitud más grande, no obstante, se la debemos á la amada campana, por el amor y ternura con que mezclaba sus gemidos y lamentos con nuestros dolientes ayes cuando un ser querido, después de traspasar los umbrales de la eternidad, era conducido á su última morada.

Todos cuantos hemos pasado por esos amargos trances, tenemos aquel dolido són grabado en los oidos y estereotipado en el corazón. ¡No lo olvidaremos nunca!

No seríamos justos ni agradecidos si enterrásemos en el panteón del olvido esa hechicera campana, hoy que su voz, después de cantar tanta dicha y llorar tanto infortunio, se ve atacada de profunda afonía.

Hagamos, pues, cuanto debido sea para aclarar su bronco són, que aquel su cálido y penenetrante acento; vuelva á los tiempos de esplendor y lozanía.

Con nada menos de esto cumplimos con ella.

El Hospital de San Carlos

I.

¡Oh! Santa caridad, hija del cielo
hermana del dolor, virtud sublime,
que el bálsamo divino del consuelo
ofreces ¡ay! al corazón que gime.

NUÑEZ DE ARCE.

UN acontecimiento de importancia inusitada, de transcendencia suma, que hará época en la historia de este pueblo, y que á buen seguro no ha de saber ponderar en toda su excelsa magnitud y grandeza la humilde pluma que, atrevida, intenta mancillar, ocupándose en él, la cándida albara de estas cuartillas (que por otra parte la solicitan con ansia, como solicita el abismo á quien temerario y audaz asoma la cabeza dentro de sus lindes), se aproxima con pasos de gigante hacia nosotros, pues ha de tener realidad efectiva, si Dios lo quiere, antes del dia 17 del mes de Agosto del actual año de gracia de 1910. Nos referimos al acto de inauguración del Hospital de San Carlos.

Proponémosnos tratar este importante asunto en más de un artículo, con el objeto de ilustrar la opinión de nuestros amables lectores y tal como sepamos y Dios nos dé á entender así lo haremos, con estas mohosas y melladas armas que cuelgan de nuestra menguada panoplia intelectual (que ¡ay de ellas! si dirigidas y ayudadas no fueran por un numen protector que las atiende y alienta), pero con el corazón templado y bruñido en el fuego sagrado del más santo de los entusiasmos.

Agotado ya el preámbulo, pasemos á exponer la historia de esta santa institución.

A un querido é inolvidable amigo nuestro, natural del pueblo de Seguin, de la inmediata feligresía de Mourillones, de humilde origen, nobilísimo espíritu y relativa fortuna, amasada en los Estados Unidos del Brasil con el producto de sendos trabajos, D. Carlos Arias Rodriguez (que en paz descanse), al otorgar su última voluntad, no teniendo herederos forzosos, y ardiendo su espíritu en la llama divina y confortadora de la más excelsa y santa de las virtudes: la Caridad, ocurriósele la piadosa y fecunda idea de disponer que el remanente de todo su caudal hereditario, después de destinar parte de su haber como recuerdo á su señora hermana D.ª Margarita, se invirtiese en fundar y sostener, hasta donde alcanzase, un Hospital, bajo la advocación de San Carlos Borromeo, que debería instalarse en la que fué casa habitación del fundador, debidamente utilizada al efecto, con la denominación de «Hospital de San Carlos, de Celanova». Aún cuando lleva esa denominación—añade la disposición testamentaria que hemos tenido ocasión de examinar—podrá también destinarse á Asilo de ancianos y personas imposibilitadas para el trabajo, siendo en todo caso preferidos los enfermos y los inválidos.

Recibirán asistencia en dicho establecimiento—continúa diciendo el testamento - los enfermos completamente indigentes, ó sea, todos aquellos que no solo carezcan en absoluto de toda clase de subsistencia, sino que también

no tengan parientes á quienes la ley imponga la obligación de alimentarles; podrán asimismo recibir asistencia y cuidados, según va indicado, los que siendo pobres se vean imposibilitados por su edad, ó por otras causas, para el trabajo.

Aún cuando esta institución fué creada en beneficio de los que dentro de las anteriores circunstancias sean además vecinos de este partido judicial, en caso de conflicto, serán preferidos por este orden: 1.° los vecinos de Celanova, 2.° los vecinos de Mourillones y 3.° los del resto del partido.

Podrán recibir asistencia y asilo provisional: los enfermos que vayan en conducción para otros hospitales ó establecimientos benéficos, excepto los dementes, los transeuntes pobres, cuya permanencia en el hospital no podrá exceder de cuarenta y ocho horas, sin poder usar de este beneficio más de dos veces en cada año, salvo que concurran causas muy justificadas», etc. etc.

Hasta aquí lo más esencial de la parte dispositiva y fundamental de esta hermosa disposición testamentaria, que parece inspirada por la mano providente y piadosa del Señor, para promover y despertar la santa virtud de la Caridad, aletargada y dormida en general en el corazón de los pudientes; que tan fecunda será en bienes para esta desventurada comarca, siempre á merced del furioso vendabal imperante de egoismos y concupiscencias desenfrenadas, y que hará que el nombre de aquel honrado y modesto ciudadano, de aspecto tosco y rudo, pero de corazón lleno de matices y dulzuras angelicales, quede grabado constantemente en la memoria de las gentes, pasando á las páginas de la Historia con el sello perdurable y eterno de la inmortalidad.

II

Hemos establecido solución de continuidad en el final de la parte de este modesto trabajo, publicada en el número anterior, obedeciendo al preconcebido designio de no involucrar gloria alguna, en aquel momento preciso, con la alcanzada por el fundador de esta piadosísima institución del Hospital de San Carlos, de Celanova, dejando suspendido el artículo en el punto y hora de las alabanzas á tan recto varón dedicadas.

Aquella alma caritativa y noble, llena de amor y conmiseración hacia la humanidad desvalida y doliente, rindiéndose toda entera á la dulce emoción de sus sentimientos piadosos, echó una simiente preciosa en el abonado terreno de la nunca desmentida piedad celanovense, y de su iniciativa afortunada y fecunda brotaron, brotan y seguirán brotando, que así parece lo tiene dispuesto el Señor en sus inescrutables designios, legados y dádivas, que han de convertir poco á poco (que el proceso tiene que ser largo y la gestión laboriosa) este santo hospital, en un establecimiento modelo de los de su clase, de cuya organización y servicios podrá envanecerse algun dia la culta villa de San Rosendo.

Al proseguir hoy relatando la historia de esta fundación mentaremos antes de nada, que este es el lugar apropósito atendiendo á un orden lógico de prelación rigurosa, y aunque así no fuese, aquí habría que hacerlo inmediatamente después de haberlo hecho con el fundador, á los socios bienhechores, como justo homenaje de consideración y respeto á su santa memoria.

Fueron éstos: D. Francisco Montes Sainza, D. Gumersindo Romasanta y Gomez, Fray Luis Alvarez Porras y otros muchos cuyos nombres sería prolijo enumerar, que

dejaron algún recuerdo en que revelan su amor á la misma, entre ellos el Sr. Iglesias, párroco de Espinoso, últimamente fallecido. ¡Que á todos ellos alcance, cubriendo su alma de gloria, la gracia del Señor!

Cuantos elogios escribiésemos al pié de estos nombres no serían suficientes á ponderar en forma y medida conveniente su caridad y desprendimiento con el Hospital de San Carlos de Celanova.

D. Francisco Montes Sainza, aquel honrado y modesto industrial que con asiduos trabajos y contínuos desvelos llegara á reunir una regular fortuna, sin olvidar á sus parientes y deudos, la dedicó en su mayor parte á la instalación y sostenimiento de este hospital.

D. Gumersindo Romasanta y Gomez, el celoso médico que tantas veces tropezamos por esos caminos y encrucijadas, caballero en modesto rocín, llevando los consuelos de su ciencia, por escaso ó nulo estipendio, á míseros enfermos, cooperó con un legado de bastante importancia á la realización de la misma idea.

Fr. Luis Alvarez Porras, aquel recto varón de carácter dulce y afable, con sonrisa de bondad constantemente estereotipada en los labios, semblante siempre apacible y risueño, por el que no cruzó nunca un relámpago de ira, ni el más ligero estremecimiento de pasión insana; que á diario nos edificaba con su vida modesta y sencilla, dejó también un legado de importancia relativa con la misma finalidad.

El Sr. Iglesias, virtuoso sacerdote, con quien nos ligaron vínculos de estrecha amistad, que nos permitieron conocer á fondo las virtudes excelsas que atesoraba su alma, y otros que, como dejamos ya consignado, no quisieron dejar este mundo sin disponer en su última voluntad que algún presente ó limosna fuese á aumentar el acervo piadoso dedicado á remediar tanta desdicha.

Séanos permitido recomendar á la consideración de todas las personas honradas la acción sublime de los nobles varones que acabamos de citar ó aludir, y nada menos

desearíamos sino que su ejemplo trascendiese y prosperase, sirviendo de estímulo á todos cuantos se hallen en el caso de poder hacer otro tanto como ellos hicieron.

Con el pobre estamos todos en deuda, y es menester volver hacia él nuestro corazón y pagársela de alguna forma.

Cuando una ola de concupiscencias y egoismos invade y avasalla todos los espíritus; cuando la humanidad en general de nada se preocupa sino de acumular riquezas para gozarlas sibaríticamente; cuando el santo temor de Dios se ha borrado del corazón de muchas criaturas que no creyentes en absoluto, ó vacilantes al menos sus creencias en un mundo mejor, y por tanto sin miedo alguno á las sanciones de la Justicia eterna, se abandonan á toda clase de abusos y tropelías de las que es víctima generalmente el desvalido, el pobre, ejecutadas á la sombra de la ley, que si es verdad no las ampara, tampoco tiene el suficiente espesor en sus mallas para sujetar con ellas á quienes las cometen, se agranda el alma, se esponja el corazón, se dilatan los pulmones, se ensancha el espíritu, al contemplar el espectáculo de estos piadosos varones redimiendo con generosas dádivas al pobre, al desvalido, víctima de las injusticias sociales. ¡Loor y gloria para su santa memoria en este mundo, que ya se lo pagará el Señor en el otro con arreglo á sus merecimientos!

De los puntos de la pluma están saltando ahora otros nombres de personas que hay que mentar con encomio por su interés y entusiasmo en favor del Hospital de San Carlos de Celanova, pero esto lo dejaremos ya para el próximo artículo.

III

Rendido ya el justo y merecidísimo homenaje de admiración y respeto á la santa memoria del fundador y socios bienhechores de esta institución fallecidos ya, llegó el momento de poner en los puntos de la pluma los nombres de otras entidades ó personas que gozan de vida y se hacen acreedoras á que la dulce caricia de las alabanzas resbale amorosa por sus honradas y piadosas frentes, en forma de confortador rocío que las estimule y aliente para cumplir y realizar con entusiasmo y constancia las árduas y difíciles tareas que se han impuesto.

No por indicación ó requerimiento de la galantería, que la debil condición de la mujer reclama de toda persona bien nacida, sino rindiendo nuestro espíritu á imperativo mandato formulado en méritos de la más rígida y extricta justicia, nos ocupamos hoy, en primer término, de las hijas de San Francisco, hermosa institución que bajo la advocación de la Divina Pastora, disfrutan los habitantes de Celanova para honra y dicha de todos ellos.

Estas religiosas, que tantos y tan relevantes servicios prestan á la humanidad, autorizadas por la Reverendísima Madre General, se disponen, con la abnegación y caridad que las distingue, á prestar servicio en este Santo Hospital, por una muy módica retribución.

Sin su abnegación y desinterés no hubiera sido posible inaugurar en forma este Santo Hospital, y acaso se hubieran malogrado los sublimes designios de su fundador.

Cuajada tenían ya de buenos é importantes servicios su brillante ejecutoria las religiosas de Asís, con éste añaden un florón más á la áurea corona de sus merecimientos.

Solventadas ya las cuentas de la justicia debida á estas santas hermanas y rendido á la par pleito homenaje á la galantería, pasemos ya á encomiar otras acciones.

Para llevar á cabo la magna empresa que supone esta fundación, designó D. Carlos Arias Rodriguez (q. e. p. d.) por sus albaceas, con el carácter de solidarios, á D. José Fernández Feijóo, D. Marcial Fernández Losada, don Ramón Alvarez Rodríguez y D. Adolfo Román Oterino, distinguidos vecinos todos ellos de esta villa, merecedores de todo género de plácemes y alabanzas por el celo é inteligencia desplegados para dar exacto cumplimiento á la voluntad del fundador y vencer las múltiples dificultades que con frecuencia se suscitan en empresas de esta índole. No pudo á pesar de los anhelos y cuidados desplegados por ellos, realizarse la fundación con la premura que su necesidad reclama.

Sería interminable la tarea de relatar las múltiples y complejas gestiones que los albaceas realizaron, para ver de dar el más exacto cumplimiento posible á la voluntad del fundador: cobro de pequeños créditos, cuya realización, inspirándose en el espíritu de generosidad que debe presidir á las obras benéficas, debía verificarse de tal modo que las lágrimas de los obligados no empañasen el mérito de la santa empresa que se perseguía; formalización de inventarios, arreglo y ordenación de documentos, gestión esta, que por sí sola requería la paciencia de un benedictino; celebración de subastas, en las que, en beneficio de la institución, había que defender sus intereses contra las insidiosas maquinaciones de ciertos desaprensivos que nunca faltan para llevarse lo subastado, como suele decirse vulgarmente, por un pedazo de pan; esmeradísimo cuidado en velar por la conservación é integridad de los muebles y utensilios que el fundador dejara, para que ya de un modo inmediato, pudieran destinarse al servicio del Establecimiento; procurar á todo trance, que el efectivo producto de las ventas se colocase en forma que aumentara el contingente que en su día había de servir de base á la funda-

ción; gestionar lo posible para que el local en que el Establecimiento benéfico ha de instalarse, quede habilitado del mejor modo para el fin á que se le destina; y todo esto, y más que se omite, sin otra recompensa que la que Dios puede otorgar á las buenas obras, si le son aceptables, ya que de la murmuración de los maldicientes, que por desgracia no escasean, solo podrá esperarse á última hora, hasta el ultraje como coronación sangrienta de la obra nefanda que practican.

No queremos establecer solución de continuidad en estas cuartillas que van hoy á la imprenta, sin dedicar especial elogio á doña Margarita Arias Rodríguez, hermana del fundador, y á su marido, que ninguna dificultad suscitaron, antes bien, á pesar del perjuicio que les irrogaba no heredar á su hermano, dieron constantes muestras de envanecerse por la generosa conducta del fundador, prefiriendo á la mezquindad de egoistas intereses, el honor, que como sus más próximos parientes, les reportaba. Son por tanto dignos de figurar sus nombres, con toda justicia y derecho, en el honroso cuadro, en que con caracteres de oro debe grabarse, después del nombre del fundador y socios bienhechores muertos, la relación exacta de los socios protectores de tan santa y consoladora fundación que todavía disfrutan del beneficio de la vida.

IV

Labor delicada y un tanto dificil es la de colocar ditirambos y alabanzas sobre las piadosas frentes de todos aquellos que obran el bien obedeciendo solamente á los impulsos del sentimiento de amor á sus semejantes, sin buscar otra cosa que la santa é íntima satisfacción que el bien obrar ocasiona á las almas generosas; pero nobleza obliga, y aún á trueque de empañar la limpidez cristalina de su innata y edificante modestia con el vaho pegajoso y molesto de nuestra pedestre prosa, seguiremos vertiéndola sobre la cándida albura de estas cuartillas, y recíbanla con paciencia los elogiados como ellas reciben resignadas esta oscura y prosaica tinta que las ennegrece y mancilla.

Después de escrito éste á manera de exordio, con honores de «confiteor», sigamos pulsando la lira de las alabanzas sin eufemismos ni regateos, como hasta aquí tenemos hecho, que de ello, bien lo sabe Dios, no nos arrepentimos, antes bien nos enorgullecemos, sin parar mientes para nada, ni siquiera para despreciarlas, en esas majaderías y murmuraciones de ciertas gentes, incapaces de elevar su corazón del menguado nivel moral en que le tienen vegetando, dedicado siempre á rebajar el mérito ajeno, sin estorbarles siquiera para así hacerlo el profundo respeto que la muerte impone á todas las personas bien nacidas. Los que así obran con su pan se lo coman. Sigamos nosotros en tanto dedicados á esta hermosa tarea de alabar las obras buenas del prójimo, ya que por desgracia nuestra no podemos envanecernos con nuestras propias obras.

Mil parabienes de todos cuantos comprendemos la importancia de estas acciones y la bendición de todos los que mañana, merced á ellas, recibirán sobre sus frentes el consolador rocío de la caridad, merecen D. Odilo Estevez

Yañez, acaudalado comerciante, hijo de Freás de Eiras, residente en la República Argentina, y su distinguida y virtuosa señora D.ª Firma Mayor, que donaron mil pesetas para este santo Hospital y prometieron cooperar á la dotación de una cama en el mismo; D.ª Teresa Vazquez Yañez, esposa de nuestro amigo y convecino el comerciante don Ramón Alvarez, uno de los albaceas designados por el fundador, que por cuantos medios están al alcance de su inagotable caridad, procura contribuir á que todos coadyuven á la realización de tan benéfica obra y otras muchas personas, algunas que ocultan sus nombres y ponen toda clase de medios para que tan santa institución tenga la próxima y fecunda realidad en bienes, que hay que esperar de los caritativos fines que persigue. (1)

Debemos advertir que todas estas fundaciones cuentan no solo con la aprobación, sino con el estímulo y ayuda de nuestra Santa Madre la Iglesia. El Cardenal primado de las Españas, Fray Gregorio María Aguirre, obedeciendo los mandatos de Su Santidad Pio X, en uno de los primeros meses del año actual dirigió á los Prelados y clero de toda España varias instrucciones sobre la acción social de la Iglesia, y si mal no recordamos en este momento, en la séptima de ellas estimula al clero á que por todos cuantos medios estén á su alcance coopere á la fundación y sostenimiento de talleres para obreros pobres, asilos, hospitales y demás instituciones benéficas, que atenúen y remedien las necesidades del proletariado y de la humanidad doliente.

De los celanoveses, y sobre todo de las celanovesas (que la mujer tiene el corazón más fácil y sensible á las dulces y santas caricias del angel de la caridad), depende que esta hermosa institución se sostenga y prospere.

---

(1) Con posterioridad á la publicación de estas cuartillas en *La Voz de Celanova*, hizo el ilustre diputado á Córtes por esta villa, D. Senén Canido, un importante donativo, aplicado á costear la verja que cierra el frontis de esta santa casa.

Ejemplos hay á granel en muchas ciudades y villas de España de la solicitud y caritativo anhelo con que el devoto femíneo sexo acude con sus limosnas á facilitar la vida de estas santas casas. Aquí, muy cerca de nosotros, en la villa de Carballino, se sostiene una institución como la que aquí va á inaugurarse, única y exclusivamente con la caridad de las señoras. Las de Celanova, que en punto á caridad y nobleza de alma no admiten mejoría, estamos en la evidencia de que han de dejar el pabellón que las cobija á la altura de su fama.

Otro tanto esperamos de nuestros queridos amigos y paisanos ausentes del terrón amado. En América estuvo el fundador, y en aquel hermoso país reunió á fuerza de trabajos y sudores la modesta fortuna que sirvió de base para esta piadosa fundación. Fué de aquella hospitalaria y libre tierra de donde volvió á los patrios lares, con el espíritu ajeno á determinados prejuicios y el corazón limpio también de ciertas telarañas, que en estas civilizaciones caducas impiden que la voluntad se manifieste, muchas veces, con todo el hermoso esplendor de sincera expontaneidad.

A todos los hijos, en fin, de Celanova y su partido, hombres, mujeres y niños, presentes y ausentes, sírvales de estímulo el llamamiento que el fundador consignó en su testamento y que copiamos á continuación y á la letra, sin quitar ni poner una tilde, para que no se evapore ó mixtifique un solo efluvio del perfume de encantadora y edificante sencillez que encierra. Dice así: «*Espero que las personas acomodadas contribuirán con sus limosnas y donativos á aumentar los recursos de esta fundación, ya que lo que dejo para dotarla es tan exiguo, que solo podrá á todo más, servir como de comienzo y estímulo, para que otras personas coadyuven á tan benéfica empresa, y Celanova, al trascurrir de los años, llegue á poseer un verdadero Hospital, al que haya servido de pequeña base, esta mi fundación.*»

El Hospital de San Carlos

SU INAUGURACION

La casta Diosa, dechado perfecto de los más santos y nobles ideales; esa perla—que dijo un poeta—engarzada en el trono del Altísimo y por su mano á los cielos y al mundo regalada; la sublime Caridad, posó con amor ardiente su mirada augusta, sobre el honrado y noble corazón de un modesto ciudadano convecino nuestro, D. Carlos Arias Rodríguez, de retorno entre nosotros de inhospitalarias tierras del Brasil, con un caudal modesto.

Aquel corazón de temple varonil y rudo, que jamás se estremeciera, ni ante los desencadenados elementos en las proximidades de los trópicos, ni desafiando á cada instante el inminente peligro de las traidoras asechanzas del vómito, ni al desplegar febril actividad en esa movediza sirte de preocupaciones, afanes y cuidados, que aquí y acullá surgían á cada paso, en el laborioso y difícil trabajo, desarrollado para resolver el problema de la vida, en tan mortíferas latitudes, tembló de santa emoción y vióse convertido al momento en blanda pasta de suave y tierna cera, por la caricia amorosa de esa santa virtud, hija predilecta del cielo, que lo moldeó á su albedrío y antojo.

Sintiéndose poseído del más puro y santo de los amores hacia sus semejantes enfermos y desheredados por la fortuna, otorgó testamento, dejando su casa y bienes para la fundación del Hospital de San Carlos.

En diversos artículos dimos cuenta detallada de todo cuanto puede referirse á la génesis y desarrollo de esta institución hermosa. Vamos ahora á ocuparnos solamente en cantar el acto feliz y grandioso de su inauguración solemne, celebrada el sábado 25 del pasado mes de Marzo.

Amaneció este ansiado día en un cielo ligeramente entoldado por ténues y arrebolados celajes, que fulguraban promesas y esperanzas.

Perfumado y tibio el ambiente, parecía susurrar á nuestros oídos, entre efluvios primaverales, las más castas y tiernas melodías; era el Angel de la Caridad que abandonaba un momento las celestes regiones, para venir á acariciar con su hálito divino, los nobles pechos celanovenses.

La Naturaleza toda, por imperioso mandato de la Providencia, se asocia temblorosa de emoción y vibrante de contento, al general regocijo. Los más altos poderes de la provincia la secundan. La representación más alta en ella del Crucificado, no vacila un momento, aun á riesgo de su salud alterada, en prestar al acto con su augusta presencia el sello insustituible del Poder de los Poderes. La primera autoridad temporal tampoco huelga y si atenciones ineludibles le impiden asistir al acto, se hace representar en él dignamente. El pueblo, engalanado como en los días de sus mejores dichas, asiste en masa, con sus autoridades y elementos prestigiosos á la cabeza y cuando el ilustre Prelado, después de las preces de rúbrica, tira de sedoso cordón y descorre el paño que oculta la inscripción grabada en la parte frontera del piadoso albergue, que para alivio de humanas desdichas legó el inmortal D. Carlos Arias, un escalofrío de devoción y ternura hace estremecer los corazones todos.

Apodérase del común sentir, con generoso anhelo, un ilustre hijo de esta villa; lo cristaliza en fórmulas concretas con la prodigiosa fuerza de su privilegiado cerebro y al fundirlo en el crisol de su elevado entendimiento, lo derrama sobre el caldeado ambiente en raudales de soberana elocuencia... Pero falta todavía lo más sublime, la palabra

divina que fluye paternal y generosa, impregnada de unción evangélica, de los augustos labios del Prelado, cayendo cual lluvia de celestial rocío sobre nuestros corazones, para iluminar sus confusos y opacos antros, con el resplandor de sublimes enseñanzas que despide el recuerdo evocado de los San Vicente de Paul, San Juan de Dios y otros santos, y edificarlos y fortalecerlos con los ejemplos de abnegada caridad que han legado al mundo.

Cuando se extinguen en el ambiente los últimos ecos de la voz de nuestro amado Pastor, confúndense en apretado haz todos los corazones para besar el anillo pastoral, en señal de acatamiento y respeto al elevado sacerdocio que simboliza, y en prenda de gratitud y reconocimiento por el honor que dispensa al pueblo de Celanova. Estrechan luego todos también, la diestra del ilustre hijo de esta villa, que con tanta elocuencia había expresado el sentimiento que los embargaba y vuélvense por fin las miradas palpitantes de satisfacción y aplauso, á la providente mano que velada por cendales de sincera modestia, con actividad inusitada é imponderable acierto, ayudó constantemente los sublimes designios del fundador, prestando al completo y feliz desarrollo de su piadosa idea, los afanes más puros de su alma, y la intensa y fructífera labor de su claro entendimiento.

Cesáreo Fernández Losada

Este insigne hijo de Celanova, que en el terreno de la ciencia de Hipócrates, á que dedicara los afanes y trabajos de una larga y laboriosa existencia, logró escalar las cumbres que exploran y dominan solo los elegidos; que en el brillante cuerpo de Sanidad Militar, á que dedicó, desde sus juveniles años, todos sus entusiasmos, alcanzó reputación y categoría suprema; esta gloria, en una palabra, la más pura y limpia de las glorias científicas de la villa de San Rosendo, tan fecunda, dentro de su limitada contextura social, en altas mentalidades y organizaciones exquisitas para la ciencia y el arte, ¡ha rendido su tributo á la muerte!

Estamos, pues, de luto todos los celanoveses, porque la vida de la persona más saliente, en el terreno de la ciencia, de todas cuantas han sido y son ornamento y orgullo de nuestro pueblo, ¡se ha extinguido!

Sí: de luto estamos, porque en el renombre y gloria personal que alcanzan los celanoveses ilustres, tenemos todos sus convecinos una participación, y la labor científica de este insigne hijo de Celanova, como la labor artística del inmortal poeta que aquí vió también la luz primera, al

esclarecer y avalorar sus nombres propios, arrancó de las sombras del olvido ó ignorancia el nombre amado del oscuro y escondido rincón que les dió el ser, que á todos nos complace y deleita con el amoroso hálito de sus dichas y nos aniquila y confunde con el helado cierzo de sus desgracias.

Honremos, pues, como es debido la memoria del muerto, aunque no sea más que en desagravio de desvíos y omisiones cometidas con él en vida, que los pueblos que no responden con amor y reconocimiento á los méritos de aquellos de sus hijos que los enaltecen y honran ante el mundo, merecen solo que el estigma más denigrante flagele su impura frente y escarnezca su innoble rostro.

***

Sin más norte y guia que nuestra deficiente memoria, vamos apuntar aquí algunos datos biográficos del ilustre hijo de esta región, que falleció hoy en la ciudad de Barcelona.

Era el finado el hijo mayor de aquel venerable y simpático médico, que conocimos todos cuantos peinamos canas: D. Ignacio Benito Fernández, y de aquella inolvidable señora, cuyo nombre propio no aprendimos nunca, porque todo el mundo la conocía por la «médica», y de la que oimos á cada momento referir, cuando chicos, rasgos personales y agudezas de ingenio que acusaban la presencia de un carácter superior, al que prestaba luces y atisbos geniales un exquisito entendimiento.

Sintió vacilaciones y desmayos la voluntad del finado, siendo muchacho, para los estudios, y aquella inteligente y resuelta señora, la «médica», su madre, que llevaba el timón de la casa, le planteó el dilema en la siguiente forma: ó al arado ó al estudio; y ante una disyuntiva tan escueta y terminante, el chico optó por el estudio, al que se dedicó desde aquel momento con alma y vida.

Hizo con toda brillantez sus estudios de bachillerato en Orense y los de carrera mayor en Madrid, y de éstos solo

diremos, que en el excepcional expediente de los mismos, que hemos tenido ocasión de examinar muchas veces en el salón-biblioteca de su casa de la Corte, aparece suprema calificación y premio en todas las asignaturas de la carrera, y además la siguiente honrosísima nota: «De este alumno estudiando cuarto año de facultad hizo especial mención el insigne profesor, Sr. Sánchez Toca, en el discurso de apertura de curso señalándole á la admiración de los circunstantes y poniéndole ante sus compañeros de estudios, como espejo en que todos debían mirarse». Caso más que raro, único, pues no se recuerda otro igual.

Ingresó muy joven, con el primer lugar, en el cuerpo de Sanidad Militar, y le tenemos ya, al poco tiempo, con el empleo de comandante, en el Cuartel general, al lado de Odonell, en la guerra de Africa. Hizo allí curas maravillosas, como cirujano eminente que era, y cuando se iba á firmar el tratado de paz que puso fin á la guerra con Marruecos, el príncipe Muley-Abbas, generalísimo de las tropas agarenas y hermano del Sultán, sufrió una aguda dolencia que le fué curada por el doctor Losada, por lo que le agració con la condecoración más preciada en aquel Imperio.

Figuró luego hasta la Revolución, como médico de doña Isabel II en la Facultad de la Real Cámara, y fué en esta época cuando la fama de este ilustre celanovés llegó á su apojeo, persistiendo hasta hace pocos años, que por su avanzada edad, (murió á los 79), dejó de dedicarse á la profesión, fuera de casos muy contados.

Fué diputado á Cortes en el año 69 por Celanova, que le debe la elevación de categoría del Juzgado y la institución del Colegio de PP. Escolapios que tantos beneficios produjo al pueblo. El desvío que éste le demostró á renglón seguido, sin motivo para ello, determinó en su espíritu un estado de decepción y molestia, que con alternativas más ó menos marcadas, persistió hasta su muerte.

Fué el fundador del Museo Anatómico y Patológico del Hospital Militar de Madrid.

En la Habana cuando ejerció el cargo de Inspector general de Sanidad, laboró con gran fortuna por el saneamiento de aquella ciudad, escribiendo una memoria luminosísima, muy alabada por los norte-americanos.

Escribió varios libros de ciencia sobre Anatomía, Oftalmología y otras materias de su carrera.

En la memorable noche en que el general Prim murió asesinado, fué llamado á toda prisa el doctor Fernández Losada para curar aquel cuerpo acribillado á balazos.

Fué quien curó al general Primo de Rivera de la gravísima herida que le produjo el capitán Clavijo.

Su hermosa biblioteca médica, la mejor acaso que había en tiempos en Madrid, sino rectificó el acuerdo que oimos manifestar al finado hace bastantes años, pasará á la Universidad de Santiago.

El doctor Fernández Losada se había retirado hace años, después de llegar á la suprema categoría en el cuerpo de Sanidad del Ejército ó sea general de división.

Esta es á grandes rasgos, sin orden ni concierto, tal y como fué apareciendo, al correr de la pluma, en los desvencijados antros de nuestra maltrecha memoria, la noticia biográfica que podemos servir de momento á nuestros lectores, de la figura científica más eminente que produjo la villa de San Rosendo, y que acaba de pagar su tributo á la muerte en la Ciudad Condal.

San José de Calasanz

A festividad del Santo Padre, como por antonomasia llaman los Escolapios al Santo fundador de la Orden Calasancia, se verificó el sábado 27 del pasado mes de Agosto con la solemnidad y magnificencia acostumbradas.

Pronunció el panegírico el R. P. Jiménez, redentorista, quien, á decir verdad, tuvo alternativas muy marcadas de elevación y decaimiento en el curso de su oración sagrada.

Nos gustó extraordinariamente en el exordio; sumergióse luego en un mar de circunloquios, paráfrasis y repeticiones que deslucieron bastante un sermón comenzado bajo los mejores auspicios.

Debemos confesar, no obstante, que á nuestro parecer no es un orador adocenado y vulgar, á pesar de su constante práctica de misiones rurales. Tiene dicción exquisita, gesto noble, aunque no sóbrio, y voz clara y vibrante. Lástima grande no emplease los colores, matices y grados de intensidad de la misma, adecuados á las exigencias de expresión, durante su larga oración sagrada, para evitar

la insistente, pertinaz y enojosa monotonía, enemiga de todo arte y compañera inseparable de la mediocridad.

Nuestra capilla de música, reforzada con valiosos elementos de la de Orense, agradó extraordinariamente.

No asistieron ninguna autoridad ni funcionario público al lugar preferente que se les destina en la función religiosa.

Tampoco acudieron, en su inmensa mayoría, según noticias, al refectorio.

Los espíritus observadores que todo lo miden, pesan, contrastan y aquilatan, atribuían esta ausencia casi completa del elemento seglar al quebrantamiento de la forma de invitación del mismo, empleada hasta este año.

Hasta la fecha, el Padre Rector iba casa por casa invitando personalmente, en nombre propio y de la comunidad, á cuantas personas creía dignas de tal distinción. Este año, según nos refieren, se hizo sustituir por una simple cartulina.

Sea esta ó no sea la causa, que no es facil determinarlo, el hecho del retraimiento es evidente.

A propósito de estas invitaciones, se nos viene en este momento á la memoria aquella forma lacónica, expresiva y gráfica que empleaba para hacerlas el venerable Padre Francisco Perez, Rector que fué de este colegio hace ahora treinta y tantos años.

Decía el buen viejo, con aquel su modo campechano y franco que tanto le caracterizaba, á las personas á quienes se acercaba á invitar de víspera para esta fiesta en que nos ocupamos: —«Mañana, misa y mesa»—y nosotros recordamos perfectamente, aún cuando á la sazón éramos unos mocosuelos, que á casi todos cuantos asistían al suculento y copioso yantar conque obsequiaban á los invitados los RR. PP. Escolapios el dia de San José de Calasanz, antes de aparecer en comunión prosaica de refacción corporal, confundidos en el comedor del convento, con los religiosos

calasancios, veíaseles entre ellos también en el templo, en edificante comunión espiritual, adorando al Santo Padre que los congregaba á todos más para esa fiesta redentora del alma, que para la otra reparadora del cuerpo.

¡Lo que va de tiempos á tiempos!

Una carta y una réplica

Cumpliendo la promesa formulada, publicamos la carta siguiente del R. P. Elío Rodriguez, Rector del Colegio de PP. Escolapios de esta villa:

Sr. Director de *La Voz de Celanova*.

Muy distinguido y estimado amigo: Si mal no recuerdo, prometió *La Voz de Celanova*, en su artículo programa, no meterse en vidas privadas, y con asombro y no menos disgusto de esta Comunidad, tan indignamente dirigida por mi humilde persona, he visto quebrantado este propósito en el número que vió la luz pública el dia 4 del mes que corre.

Por más que no tengo por que dar explicaciones á nadie de lo que hago en mi casa, á ello me fuerza, bien á pesar mio, el autor del artículo titulado «San José de Calasanz», por haberle chocado mi manera de hacer las invitaciones para el dia en que los PP. Escolapios celebran la fiesta de su glorioso Fundador, maestro de la niñez y Patrono de la juventud.

Sin duda el autor de dicho artículo está poco enterado del modo de hacerse estas invitaciones, entre las corporaciones religiosas, y aún en las puramente cívicas.

En los catorce años que he vivido en la Corte, ni una sola vez vi otra manera de invitar, que por medio de «simple cartulina», frase de que se vale el articulista para expresar su extrañeza, mientras que los cortesanos no se extrañaron nunca de ello, ni se dieron por ofendidos.

Mis antecesores en el rectorado escolapio de Celanova, han sido muy dueños de hacerlo personalmente, como yo

lo he sido de la misma manera al emplear la «simple cartulina», sin que me imaginara yo que esta forma de invitar iba á producir molestias hasta el extremo de parar mientes en puntillos de honra.

Y en prueba de que muchos abundan en mi sentir, y de que no todos tienen el mismo pensar del articulista, es que muchos de los señores invitados respondieron inmediatamente á la invitación, y si no vinieron todos á la fiesta escolapia, fué debido exclusivamente á que algunos no se hallaban en Celanova, y otros tuvieron la fina atención de excusar su asistencia por motivos muy ajenos á su voluntad.

Otra de las cosas que ha llamado la atención al articulista, ha sido el reducido número de invitados, y en esto coincidimos los dos, por caber todos los hijos de Celanova en el suntuoso monasterio de San Rosendo, y en los senos del maestro escolapio, y porque todos en Celanova son acreedores á esta distinción, y á vivir todos en familia dicho dia, padres é hijos, discípulos y maestros; pero siendo esto imposible, opté por invitar exclusivamente á las autoridades de la villa y á las personas que ejercen algún cargo en el colegio, como así se practica en otras casas de la orden.

Es cierto que las «autoridades y funcionarios públicos» brillaron por su ausencia en el lugar preferente que se les destinaba en la función religiosa, pero no se extrañe de ello el articulista, que también otras muchas veces y durante muchos años, viene sucediendo lo mismo. ¿Es que también esto lo vamos á atribuir á la «simple cartulina»?

Por último, y lo primero de todo, tan circunstancial ha sido el cronista de la fiesta de San José de Calasanz, que todo se lo dice y para todos ha tenido algo su pluma, hasta para el predicador, ilustre hijo de San Alfonso María de Ligorio, en cuyo sermón creyó ver «repeticiones» enfadosas y excesivos «circunloquios», cuando á otros gustó muchísimo y solo vieron frases muy sentidas y una sencillez encantadora, llena de unción evangélica.

Desde que fuí niño hasta la fecha, vi siempre que la prensa católica solo ha tenido para el orador sagrado justas alabanzas, quedándose para la prensa liberal las críticas violentas y las amargas censuras con que á diario zahiere al que habla en nombre de Dios y panegiriza las glorias de sus Santos.

Le ruego la inserción de estas líneas en el periódico de su digna dirección, y por ello le queda muy reconocido su afmo. amigo y s. s. q. s. m. b.

ELIO RODRIGUEZ

Celanova, 7 de Septiembre de 1910.

El cronista, perjeñador del artículo á que se refiere la carta precedente, contesta, con el respeto que se debe á persona tan virtuosa como es el R. P. Elío Rodríguez, que en su modesto entender, no encuentra motivo para la señalada repulsa de que aquél ha sido objeto.

Al volverle á leer, que olvidado lo tenía ya, pues ningún resquemor le dejara en la conciencia, por la pureza de móviles con que fué escrito, se siente maravillado de tanto asombro como ha despertado y tanta puntillosa susceptibilidad como ha herido.

Hagamos historia.

Un hijo seglar de Calasanz, entusiasta como el que más del esplendor y grandezas de la Orden, llega al templo de sus místicos amores el dia de la función del Santo Padre. Su alma, un tanto soñadora y poética, se siente apenada y dolorida ante el triste espectáculo de deserción completa del elemento civil, que en tanto número concurría, allá, en los dorados tiempos de su juventud, al sitio preferente reservado en la iglesia para el mismo.

Terminada la función, y traspuestas las puertas del templo, coméntase el hecho en corrillo de íntimos amigos. Pregunta cual pudiera ser la causa de esta ausencia absoluta de autoridades y funcionarios, que en los aludidos años asistían á tan piadoso y solemne acto. Alguien suelta

la idea de si la simple cartulina (orlada por cierto con tantas apostillas en la precedente carta), que había sustituido á la práctica seguida durante tantos años, y no interrumpida ni uno solo hasta éste, de invitación personal, pudiera ser la causa de la ausencia comentada.

El tan asendereado cronista recoje esa idea y la considera un rumor de presunción no más, recogido al oido, sin admitirle en definitiva como causa generadora de la referida ausencia, y terminaba á este propósito añorando aquellos tiempos de más comunicación y afecto entre el elemento civil del pueblo y la Comunidad de Escolapios de este convento.

No acertó, sin duda, al llevar esto al periódico, con forma más agradable y artística que la pedestre y burda que asoma siempre á los puntos de su pluma, y escribe esa nefanda crónica, que tanto ha excitado el puntilloso celo y refinada susceptibilidad que fulminó ese anatema condenándola.

Habló también el articulista del orador que pronunció el panegírico del Santo, de quien, como nuevo que era en esta cátedra, quiso decir algo, refiriéndose tan solo al artista, que no á la doctrina por él vertida.

No es «circunstancial» esta tarea en el cronista «que en todo se mete», como asegura el P. Elío Rodríguez, no; que en artículo anterior y reciente hizo otro tanto, precisamente con un P. Escolapio, sin observación ni protesta de nadie.

Respecto á la interdicción de señalar defectos á un orador sagrado, no afirmaremos si es conveniente ó no es conveniente. El articulista cree, sin embargo, que la disyuntiva puede resolverla la prudencia del escritor.

Sin embargo, convengamos en que un P. Isla, con su genial y regocijado «Fray Gerundio de Campazas» vendría muy oportunamente en estos tiempos de decadencia de la oratoria sagrada.

El cronista se ocupó en actos públicos, relacionándolos con sus similares de tiempos pasados, y todo en sentido

más bien favorable que adverso á la Orden Calasancia, como entidad, que es lo que más importa, que no tanto las personas.

Esto no es meterse en vidas ajenas.

Ahora bien: entre la adulación y el respeto hay incompatibilidad absoluta: el que respeta no adula; el que adula no respeta.

Nosotros no nos proponemos adular ni á la Orden Calasancia ni á cualquiera otra entidad religiosa ó seglar, por respetable que sea.

Sufriremos con resignación y entereza las consecuencias de este criterio, pues estamos convencidos de que envuelve á todos una tan letal atmósfera de adulaciones y lisonjas, que parece enemigo declarado el que no es adulador.

Nos remitimos en este punto al artículo editorial del número anterior de este semanario, titulado «De actualidad».

Padre rector: este modesto cronista ama como el que más, entre sus hijos seglares, á la Orden Calasancia. Recibió de los Escolapios redentoras enseñanzas y cariñosas admoniciones y consejos; gozó intensas alegrías en los tiempos inolvidables de la juventud dentro de los muros de este convento, y añora como el que más también sus pasadas grandezas.

Detenidamente examinada su protestada crónica, este es el sentido del pensamiento que aletea en el fondo de la misma. La forma pudiera traicionar sus deseos de no molestar á nadie, pero el cronista no ha faltado á la verdad, y este era su principal designio.

Y nada más sobre tan innecesario y enojoso asunto.

LAS GOLONDRINAS

ÓNDE están aquellas gentiles mensajeras de la estación de las flores, que acudían en tanto número á nuestro pueblo en otros tiempos, cruzando el espacio en todas direcciones, al describir en el aire con su ligera silueta las más caprichosas curvas, en sus contínuos é infatigables vuelos? Celanova se sorprende de no ver sino algunas, muy pocas, cuando antes una verdadera nube de ellas nos favorecía con su visita. ¿Es éste acaso un signo de persistente invierno? Tal vez así sea.

De año en año disminuye su concurrencia, con pesar y dolor de todos, especialmente de aquellos vecinos cuyas casas disfrutaban el dulce privilegio de servirlas de albergue ó morada.

No en todos los países son tratados, estos tiernos é inocentes pajarillos, con la piedad y consideración á que son acreedores. En algunos son objeto de una persecución implacable.

Se los coje con red, se los caza con liga y se les pesca lo mismo que si fuesen peces. Hemos oido referir que en algunas partes, las viejas que no pueden dedicarse ya á las faenas del campo, recluidas en casa, desde la ventana de

la habitación, donde matan el tiempo haciendo calceta ó hilando el copo, en el momento en que pasan volando las tienden una caña con un lijero hilo en la punta, al extremo del cual ponen un anzuelo, que tiene por cebo una brizna de pluma. La golondrina ve dar vueltas á la brizna en el viento y la toma por un insecto. Se acerca, intenta tragarla y héteme ya á la pobrecilla presa en el anzuelo.

Cada vieja pesca así su docenita por dia y ¿sabeis lo qué hace con ellas la muy ladina? pues tranquilamente comérselas. ¡Se las come! ¡El pajarillo más inocente y poético, sirviendo de prosaico condumio á una desdentada y repugnante bruja!

En nuestro país, afortunadamente para estas gentiles avecillas, que con ello salvan la vida, y para sus habitantes porque es signo evidente de delicadeza y ternura de sentimientos, todo el mundo las respeta, si se hace excepción de algún travieso granujilla, de esos que no tienen más Dios ni ley que sus atravesados instintos, y decimos alguno porque recordamos perfectamente que cuando niños, aquella cruel manía de perseguir toda clase de pájaros que como una especie de comezón sarnosa no nos dejaba un momento, en la mayoría de nosotros remitía solamente ante la presencia de estos pobres animalitos, que nos inspiraban cierta veneración y respeto.

Es cruel, es inhumano perseguirlos y además perjudicial, pues á más de la piedad natural que excitan en toda alma bien nacida y educada, debemos por egoismo respetarlas, que son verdadera providencia de nuestras cosechas y el genio protector de nuestros campos y jardines, exterminando toda clase de bichos dañinos. Como las hace decir, cantando en tiernos versos, el poeta:

El sencillo aldeano nos ama;
respetamos nosotras sus frutos
y él, afable, nos brinda su casa:

El vaho encantador de adorable poesía que exhalan estas tiernas avecillas, estimuló constantemente la vena poética de tantos vates como en el mundo han sido, y todos

los aficionados á versos lo saben bien. De uno recordamos en este momento que nos decía en cierta ocasión: — «tengo vivos deseos de encontrarme con un libro de renglones cortos donde no se mienten para nada la luna, el ruiseñor y las golondrinas.» — Al decir esto añadía: — «Y conste que soy apasionado de esos pájaros, pero tanto incienso ya me apesta.» — El hombre sentía un poquito de envidia. Sin embargo, lo cierto es que se tiene abusado un poco; la lira de los poetas debía de estar ya ronca de tanto cantarlas, pero aparte la exajeración que fastidia y enoja, la verdad es que se lo merecen todo, pues son realmente adorables.

Hace treinta y tantos años, cuando de niños vagábamos cual locuelos pajarillos por las calles y callejas de esta villa, sentíamos singular placer en contar sus nidos, que entonce pasaban de varios cientos, habiendo determinadas casas que eran de su predilección para anidar en ellas, poniendo sus dueños ó moradores especial cuidado en vigilarlos y protegerlos.

Hoy apenas se ve en Celanova un nido de golondrina, ¿por qué será? ¿Emigró acaso con ellas para no volver ya nunca algo que las atraía y encantaba? ¿Se sentían entonces más á su gusto y placer porque espirituales y poéticos como son estos pajarillos, aleteaban en un ambiente más adecuado á su esencialidad? ó ¿es simplemente, como decimos al principio de esta impresión, que la persistencia del invierno las aleja?

Quién lo sabe; quién lo sabe. Es posible que encuentren ahora á la par más frios el aire y las almas que en otros tiempos, y se vayan á otras regiones donde en un ambiente más tibio y perfumado, los corazones sientan más y mejor, y encuentren ellas la anhelada caricia que notan de menos entre nosotros, que los pájaros, como los niños, se van siempre con quien les da cariños y mimos. Son mensajeras de paz y de amor, y los tiempos actuales son de lucha y odios. Se van y en su mayor parte no vuelven. ¿Por qué será? Quién lo sabe, quién lo sabe!

Sea de ello lo que fuere, resulta evidente que las golondrinas emigraron en su mayor parte de Celanova para no volver, y con ellas se fué de nuestro ambiente una nota de las más intensas y brillantes en esta sinfonía de luz, sonido y colores que la Naturaleza, en el riente pensíl de sus infinitos encantos, va cantando hacia sus inescrutables destinos.

Las Flores de Mayo

IEMPRE revistieron magno esplendor y encantadora poesía en nuestro majestuoso templo estas solemnidades dedicadas á cantar las gracias é implorar los favores de la Reina de los Angeles, que no en vano andan y anduvieron siempre menudas y piadosas Hadas de por medio, acudiendo diligentes á ceñirle las divinas sienes con la guirnalda amorosa y fragante de las flores de Mayo y á recrear sus castos oídos con el blando y dulce acento de sus argentinas voces.

Desde que hacemos memoria cuantos contamos ya bastantes años, ni uno solo dejaron de verificarse entre nosotros, con toda solemnidad y pompa, estos cultos á la Santísima Virgen. Mucha gloria cabía en esta feliz resultancia á la piadosa y santa señora que dirigió durante tanto tiempo la milicia angélica que lleva el dulce nombre de Hijas de María: D.ª Cándida Villar Martínez.

Esta honorable dama, de cuerpo diminuto y corazón con arrestos de gigante, fué en un largo período de años alma y vida de cuantas solemnidades organizaba el batallón alado de Celanova, en obsequio á su celestial protectora. Todos recordamos perfectamente el entusiasmo, amor y fe

que ponía en todo cuanto con estos sagrados cultos se relacionaba, multiplicando su prodigiosa actividad para que no faltase el más ínfimo detalle que contribuir pudiese á la mayor brillantez de los mismos. La Madre de Dios le habrá tomado á buena cuenta cuanto para honra y gloria suya hizo en este mundo.

Todavía respiran como nosotros (y muchos años lo disfruten) el aire embalsamado por las flores de Mayo muchas respetables señoras que, cuando niñas, acudían gozosas á aquellos infantiles torneos oratorios de los «ejemplos», en que algunas se revelaban insignes predicadoras, con un decir y un accionar que para sí quisieran muchos que de oradores presumen.

Todavía viven y alientan otras que prestaron el encanto de sus deliciosas voces á estas fiestas religiosas, algunas de ellas con verdaderas facultades de artista, reveladas tan solo en el sagrado recinto de nuestra iglesia, que guarda aún en el misterioso ambiente de sus amplias naves los dormidos ecos de aquellos dulces acentos. ¡Quién pudiera despertarlos para que volviesen á cautivar como entonces nuestros oídos y avivar en nuestros corazones la llama sagrada de los místicos amores, tan vivamente sentidos en los dorados años!

Y todavía quedan muchas más que tocadas sus cabecitas con níveos cendales, ceñidos á las sienes por lindas coronas de blancas flores; cubiertos los tiernos cuerpecillos con albas vestiduras, emblema de su inocencia y pureza, y portadoras de los simbólicos atributos y distintivos de las virtudes que tanto avaloran y enaltecen el alma, formaban aquella interminable fila de alados ángeles, que precedía y rodeaba en brillante y seráfico cortejo la imagen adorada de la toda pura y sin mancha alguna entre todas las criaturas, cuando amorosa descendía de su divino trono para recorrer en procesión solemne las calles de esta villa, derramando sobre nuestros corazones el suave y confortador perfume de sus celestiales gracias.

A todas ellas les enviamos cordial saludo desde estas

columnas, que no es posible olvidarlas. Fueron cuando niñas encanto de nuestros ojos, y hoy las mira el alma como caras reliquias, que si el tiempo fué llamado por álguien asesino de la memoria, revive ésta al contemplarlas, deleitándose en recuerdos tan hermosos, que son suficientes á borrar años de sufrimiento.

.....

Continúan celebrándose con la magnificencia y esplendor de otros tiempos las flores de Mayo: á las voces deliciosas de entonces sustituyéronlas otras delicadas voces; al alado y gentíl cortejo de la Virgen, otro cortejo no menos gentíl y alado; lo que no tiene sustitución posible es aquella señora que dedicó todos los afanes de su vida á estos menesteres piadosos, y que fué la verdadera promovedora de la brillantez de estas fiestas religiosas, que viven ahora, por decirlo así, de la velocidad por ella impresa.

Hemos asistido en estos días á los solemnes ejercicios de las Flores que organiza el digno escolapio director espiritual de las Hijas de María y hemos recibido una impresión en extremo alhagüeña. El altar de la Purísima deslumbrante de luz y hermosura parece realmente, y nos valdremos del sobado tópico para decirlo, un ascua de oro. Las flores más frescas y lozanas de nuestros huertos y jardines son renovadas constantemente por la piedad de las niñas, para embalsamar aquel ambiente de pureza y misterio que rodea á la Madre del Amor Hermoso y que tan grato debe de ser á sus celestiales ojos. En el coro se dan cita las avecillas cantoras de la nidada angélica, concertadas y dirigidas por la más canora de todas ellas, para entonar con verdadero amor y entusiasmo las más tiernas y devotas estrofas. Hay que verlas con aquellos sus ojos cándidos, perdida la mirada en las espaciosas naves del templo, como en pleno éxtasis místico, y aquellos sus labios de rosa, temblando de piadosa emoción al modular las más dulces melodías con ese candor que deriva de la

pureza de su alma, toda ella inflamada en el más santo de los amores.

La Virgen Santísima, que amorosa escucha sus cánticos, les otorgue los favores que su alma virginal ansía y nos conceda á nosotros por medio de tan lindas intercesoras, el divino placer de abrasar nuestras almas en la llama confortante y vivificadora de la más pura fé religiosa.

"Las Portuguesiñas"

N caballeroso y digno hijo de Celanova, perteneciente á prestigiosa familia, vecina nuestra, D. Marcial Casais, abandonó, muy joven todavía, los patrios lares, para desarrollar en la capital del vecino reino, las actividades y energías de su espíritu, esencialmente laborioso.

Fuéle propicia la suerte, y vió pronto colmadas sus ansias, llegando, merced á constante y asíduo trabajo, á labrarse una posición de relativo desahogo.

Una vez resuelto el problema de la vida, sintió su corazón la dulce y misteriosa caricia del amor, hacia una distinguida señorita portuguesa.

Prendado de sus encantos, la llevó al altar, donde recibieron sanción divina sus santos deseos.

Preciado fruto de ese cariño fueron tres espirituales niñas, dotadas por la Providencia con los más poderosos atractivos personales, y con organización musical, superior á todo encomio.

Margarita, Eleuteria y Camila. Así se llaman esas tres criaturas, que evocan imborrables recuerdos de horas pasadas en delectación sublime.

***

Corría el año 1903. Estaba el verano en sus comienzos cuando regresamos de la Corte á esta amada villa.

Asistíamos el domingo, según añeja costumbre, á la misa de once y advertimos en el templo la presencia de una familia forastera compuesta de un matrimonio y tres pollas. Reconocimos al momento al padre, con cuya amistad nos honrábamos, que á las niñas, aún cuando estuvieran años antes entre nosotros, no era fácil reconocerlas, pues el natural desarrollo físico habíalas transformado en mujercitas.

Terminada la misa, nos detuvimos á la puerta de la iglesia, con el natural y cortés deseo de saludar á tan interesante familia.

Cambiados los saludos de ritual, presentónos el papá á las hijas, haciendo alusión, en el curso de la rápida conversación, que aconsejaban las circunstancias, al entusiasmo de las mismas por el Divino Arte, á que dedicamos también nosotros los amores más intensos y sentidos de nuestra existencia.

Despidiéronse la mamá y las pollas y prolongóse la conversación con el papá.

Cuando nos separamos, nos invitó éste en los términos más sencillos y modestos á oirlas tocar, y estimulada nuestra natural curiosidad artística, convenimos en acudir por la noche á su casa á escucharlas.

Con el ánimo tan lleno de devoción y cariño hacia una familia que tanto apreciamos, como vacío de alhagüeñas esperanzas respecto á la eficacia artística de la audición musical con que se nos brindaba (pues creíamos sinceramente que se trataba de simples aficionadas, de esas que tanto pululan por el mundo, para tormento y martirio de los mortales que por cortesía se ven forzados á sufrirlas), llegamos por la noche á la casa de su virtuosa y respetable abuela, donde se hospedaban.

Pasados los primeros momentos de íntimo y cordial coloquio con tan queridos amigos, dió ya comienzo la audición musical, no sabemos decir si temida ó esperada, por la descofianza que dejamos apuntada y que resultó, como verá el amado lector si continúa leyéndonos, un acontecimiento artístico, cual otro no hubo ni habrá quizás en estas latitudes, tan lejanas de los centros del arte, por ser muy dificil la concurrencia de circunstancias parecidas á las que lo determinaron.

Sentose al piano Margarita, la mayor de las tres hermanas, ejecutando en él desde el melancólico y sujestivo fado portugués, hasta las más inspiradas páginas musicales de Bethovem, Mozart, Chopin y otros genios musicales.

Sus dedos no se daban reposo alguno, describiendo los más intrincados y profusos arabescos en los pasajes de ejecución dificil, y posando tranquila y suavemente el terciopelo de sus rosadas yemas sobre las marfileñas teclas para expresar con la más exquisita y clásica corrección artística, las frases ámplias, majestuosas y rotundas de que están sembradas tan admirables composiciones musicales.

A renglón seguido, empuña Té (contracción de su nombre Eleutéria, con que se la llama en la intimidad) el mástil del violoncello, deja oir esas cuatro notas preparatorias de una afinación perfecta, y acompañada al piano por su hermana, nos regala el oído con las melodiosas y sujestivas notas de ese instrumento que tanto evoca, con sus pastosos y cálidos sonidos, el recuerdo de la voz humana.

Ibamos de sorpresa en sorpresa, y todavía nos restaba la mayor de todas ellas.

Camiliña, la más joven de las tres hermanas, una niña todavia, vestida de corto y ondulante sobre sus hombros la espléndida cabellera, se adelanta elegante y apuesta, con aquel Mago de violín, que estimulado por sus dedos de Hada y por el hálito creador de su alma de artista, suspira amores y delicias, pareciendo que dentro de su harmoniosa caja cantaba, según la frase feliz de nuestro poeta, escondido el más enamorado y parlero de los ruiseñores.

En seguida de los «á solo» ejecutados maravillosamente, tocan trios de dos violines y piano, y de violín, violoncello y piano.

Después de haber elevado nuestro espíritu á las augustas regiones de la música clásica, cantan las tres hermanas preciosos fados portugueses, acompañándose con mandolinas, y por fin haciendo escena con todos los requisitos de acción y mímica y con ingenuidad y candor verdaderamente angelicales, canta Camiliña «A Rosiña», una canción portuguesa llena de encantos y gracia, que hizo la delicia de cuantos la escucharon y alcanzó los honores de la popularidad.

Aquella noche, como algunas otras más, muy pocas por desgracia, pues escasean como los mirlos blancos, quedó eternamente grabada en nuestra memoria, y en su glorioso recuerdo se refugia el alma para consolarse de las miserias de esta vida.

Repitiéronse las veladas musicales en sucesivos días, y puede decirse que desfiló el pueblo entero por la casa de la abuelita de tan excelsas artistas, ávido de escucharlas.

Tuvo su padre, para que todo el mundo pudiera oirlas, la feliz idea de organizar un concierto en el casino á beneficio de los pobres, que fué un verdadero acontecimiento musical de perdurable memoria.

Con motivo del delicado estado de salud del autor de sus días, á quien sentaban admirablemente los aires del amado terrón nativo, quedáronse á vivir entre nosotros.

Amantes del trabajo, como todo artista de vocación y aptitudes, siguieron cultivando sus facultades musicales, añadiendo Margarita y Camila al estudio de sus predilectos instrumentos, el de emisión de la voz, pues una y otra estaban dotadas espléndidamente por la Naturaleza de poderosos y brillantes medios vocales.

Llegara por entonces el eco de su fama artística á Orense y Vigo, despertando en ambas ciudades vivo deseo de oirlas.

Disponíanse á satisfacerlo, dando en cada una de esas poblaciones un concierto á beneficio de los pobres (que nunca se habían valido de su habilidad para lucrarse con ella), cuando implacable la muerte cerró los ojos de su amante padre, que tanto se miraba en ellas.

Tristes y desconsoladas, levantaron el vuelo tan canoras avecillas, y fueron á posar sus encantos otra vez á la capital del vecino país, de donde habían venido.

***

Quien escribe estas líneas, apasionado amante, como deja manifestado, de la música, debe á esas señoritas eterno reconocimiento, pues endulzaron con su arte mágico las horas más amargas de su vida, originadas por reciente desgracia de familia.

El pueblo entero les debe gratitud y amor, porque con su exquisita habilidad artística inundaron con rayos de brillante y purísima luz este plomizo, opaco y grisáceo ambiente de monotonía lugareña, que constantemente nos envuelve.

Fué su paso, por nuestro oscuro horizonte artístico, algo así como fugaz destello de constelación luminosa de esplendentes estrellas, que dejó indeleble marca en los cielos de nuestro espíritu.

Y nada tiene de extraño, porque aquellas tres hechiceras Hadas, que la Diosa Euterpe criara amorosamente á sus pechos, para enviárnoslas luego, como Embajadores extraordinarios, á regalar nuestro oido y recrear nuestras almas con el poderoso encanto de sus divinos acentos, reunían á su arte maravilloso, los más preciados dones personales.

Eran todo candor, ingenuidad, sencillez, inocencia y modestia, así que si por un lado arrobaban nuestra alma, elevándola con su arte á la pura visión de las más celestia-

les delicias, por el otro aprisionaban nuestro corazón con los dulces y amorosos lazos de la más sincera y profunda simpatía.

Bien hayan las «portuguesiñas», frase amorosa con que dulcemente las acariciaba el aura popular al nombrarlas. Bien hayan y felices sean, que este es el voto que por medio de quien escribe formula un pueblo entero, prendado de sus talentos y virtudes.

Virginia Brandón

L ocuparnos, en el artículo anterior, de aquellas espirituales y gentiles «portuguesiñas», admirables Embajadoras que la Diosa Euterpe nos envió con celestial mensaje de deleitosas é inolvidables melodías, para dejarnos memoria eterna de su paso, cual fugaz meteoro, por el horizonte artístico de esta villa, asaltónos la mente la idea que con tanto gusto comenzamos á poner hoy en práctica, de consignar en letras de molde la impresión que los elementos musicales que encierra Celanova nos hayan ocasionado.

Es deber de absoluta justicia el así hacerlo.

En la imposibilidad de hablar de todos en particular y separadamente, por ser tarea dificil, haremos solamente un aparte hoy con la notable profesora de piano Virginia Brandón, y otro en próximo número con las bellas é interesantes señoritas Lezón de Burdeos, que una y otras tienen importancia artística más que suficiente para merecerlo.

Lástima grande que esta inexperta pluma no esté á la altura de sus merecimientos, para ponderarlos en la forma y medida que la equidad reclama.

Las demás señoritas que cultivan el arte músico en esta villa, quizás sean objeto todas ellas en conjunto de uno de estos artículos que titulamos Impresiones.

Está nuestro corazón pletórico de miel y dulzuras para ellas, y nuestra voluntad dispuesta á derramarlas sobre todas. Intentaremos discernirlas equitativamente, procurando hermanar los rígidos dictados de la severa justicia con las humanas y corteses prácticas de la galantería. Si así acertamos á hacerlo, que Dios nos lo premie, y si no que ellas nos lo demanden, que dispuestos estamos á admitir toda clase de reclamaciones, para dictar sentencia definitiva, con todos los pronunciamientos favorables á tan gentiles y adorables criaturas.

***

Virginia Brandón es hija de un honrado comerciante de esta localidad, que pagó su tributo á la muerte en los comienzos del año de 1902

En situación su familia de relativa comodidad y desahogo económico, comenzó sus estudios de piano bajo la dirección de un inteligente escolapio, dotado de exquisita organización artística.

Impuesta ya un tanto en solfeo y digitación, trasladóse á Santiago de Compostela para continuar sus estudios en la notable escuela de música que allí costea la Sociedad Económica de Amigos del País, vivero y plantel de tanto celebrado artista.

Se distinguió Virginia entre todos sus compañeros, alcanzando la suprema calificación y recibiendo el título de profesora de piano, que tiene el mismo valor que los otorgados por el Real Conservatorio de Madrid, al que está equiparada oficialmente aquella escuela de música.

Restituida á su hogar, una vez terminados sus estudios, dedicóse á hacer música para sí y para los suyos, sin

pasársele por las mientes que su maestría en el piano había de ser el áncora de salvación de su familia, en los inesperados y difíciles tiempos que traidoramente la acechaban.

Cambióse el éxito de los negocios comerciales, á que su padre se dedicaba, en deséxito, y una casa antes próspera y feliz, se convirtió por azares y desvíos de la fortuna en mansión de apuros y tristezas.

Aquella señorita, que estudiaba música y piano para solaz y entretenimiento propio y de sus íntimos, tuvo que dedicar sus habilidades artísticas á ganarse el pan de cada dia con el sudor de su frente.

No podemos pasar por alto, en este momento, la generosa y noble iniciativa de un querido amigo nuestro de la infancia, D. Manuel Lezón. Ocupaba á la sazón la presidencia del Casino, y con tanta solicitud y cariño se preocupó, en presencia de su desgracia, de la futura suerte de tan infortunada familia, que sin dar paz á la mano ni asueto á la voluntad, puso en práctica «incontinenti» el salvador pensamiento de otorgar á Virginia la plaza de pianista, vacante entonces en aquella importante Sociedad.

Preocupaba á muchos el efecto que haría tan inesperada innovación en las costumbres de la casa, pero los arrestos personales de aquel cariñoso amigo se sobrepusieron á todo temeroso prejuicio, y la modesta é inteligente profesora fué presentada por él á la Sociedad, inmediatamente, en noche memorable, que costó á Virginia muchas lágrimas y fué redentor preludio de la rehabilitación económica de los suyos.

Los socios del Casino recibiéronla con sumo agrado y especial cortesía, comportándose caballerosa y noblemente con ella, haciéndola objeto de distinguidas atenciones, como había derecho á esperar de su delicadeza y cultura, y la feliz y salvadora ocurrencia de aquel presidente dió lugar á esa nota tan simpática y atrayente que encierra el espectáculo diario de una señorita, en una sociedad de hombres, llenando los ámbitos de sus amplios salones con los armoniosos acordes del piano, y llevando además eflu-

vios de intensa, delicada y femenil poesía á aquel espeso, severo y varonil ambiente.

Cuantos forasteros presencian semejante espectáculo, lo van ponderando por todas partes, y las Juntas que sucedieron á la que tuvo la feliz iniciativa, lo mismo que la Sociedad en pleno, patrocinándolo y sosteniéndolo, colocan muy alto el nombre del Casino-Recreo de Celanova.

La labor artística de Virginia Brandón la conocemos todos. Su pericia como profesora de piano es reconocida y admirada por cuantos inteligentes en música han podido apreciarla. Si pudiese vivir en centros artísticos, sus facultades tendrían más desarrollo, llegando, sin duda alguna, á ser una notable concertista.

Quien escribe estas líneas, apasionado amante del canto, al terminarse en Orense un concierto, en que tuvo el honor de cantar acompañado al piano por ella, tomando parte también en el mismo el violinista Sr. Bordas, oyó de labios de este eminente artista lo siguiente: «Si yo hubiese tenido conocimiento de la maestría de esta señorita, nadie más que ella me habría acompañado al piano».

Entre nosotros no hubo nunca solemnidad alguna sin contar con el concurso de Virginia Brandón.

Ejercicios de flores, novenas, funciones de teatro, conciertos: en todo anduvo su providente mano, y para terminar, porque no tendría fin cuanto pudiéramos decir de ella en este sentido: hace dos años la compañía de zarzuela que actuaba en el teatro del Casino, bajo la dirección del notable bajo Sr. Navarro, cantando las obras sin más orquesta que el piano se quedó súbitamente sin pianista á mitad de temporada y Virginia se prestó generosamente á ocupar su lugar, repentizando las partituras todas que se pusieron en escena, en forma tan acabada y perfecta de ejecución y acierto, que fué la admiración de todos, artistas y público.

Esta es la artista, someramente considerada su labor incansable y fecunda.

Respecto á sus virtudes íntimas, mucho pudiéramos decir, sino ofendiésemos su característica modestia.

Seguirán edificando, á cuantos por razones especiales las conocemos y tenemos cuidado de no exponerlas á los ardientes rayos del sol de la publicidad, no se destiña y mancille con esto el níveo cendal de casta pureza que las envuelve.

Cuando la observamos á todas horas, dedicada en su casa á la pesada y difícil labor de la enseñanza pianística: cuando la vemos á cada paso también atravesando sola, ligera y resuelta las calles del pueblo para dar lecciones á domicilio, y terminada tan penosa tarea cruzar todas las noches la plaza, acompañada de su amante madre, con sus libros de música debajo del brazo, en dirección al Casino, á terminar, en horas para todos de reposo y descanso, la ruda faena del día, decimos para nuestros adentros: ¡Bendita seas! humilde y gentil violeta, nacida y criada entre bienes y holguras, que vas esparciendo por doquiera el modesto é ignorado perfume de tu trabajo, que redimió á tí y á los tuyos!

Eres honra y gloria de tu familia y del pueblo, que te posee y admira, como la más espléndida joya de su corona artística, y eres también constante espejo, en que debe mirarse tanta gente joven, de inutilidad manifiesta, por abandono y desidia, que no está libre, y Dios no lo consienta, de que como á tí, inesperada necesidad, la sorprenda y aflija algún día.

Concha y Adela Lezón de Burdeos

EN los albores de nuestra infancia; en esas bienaventuradas horas, en que todavía no llegara á nuestros oídos el más ligero rumor de que la amistad pudiese convertirse en artículo de explotación, y el cariño en objeto comerciable; con la energía y vida que da la juventud al alma y por puro é instintivo movimiento de nuestra voluntad, que obedecía ciega y resuelta á secretos y avasalladores impulsos del tierno y virginal corazón, fundamos sincera é inolvidable amistad, persistente y perdurable á través de los años, con un distinguido hijo de Celanova que por su ciencia y talentos, aparte otras prendas personales, es honra del pueblo que le vió nacer.

La intimidad constante y seguida de nuestro trato, nos ha permitido observar paso á paso, hasta en sus detalles más nimios, nuestras respectivas vidas, así que nada extraño es que de ellas hablemos, sin interrogar á persona alguna, pues no hay la más pequeña laguna ó hueco de ignorancia en nuestra memoria, con relación á las mismas.

Estimulando un poco esta facultad podíamos con facilidad hacer, el uno del otro, las respectivas semblanzas.

Cuando siendo muy joven todavía, casi un niño, tuvo

ese amigo la fortuna de escuchar el suave suspiro de casto arrobamiento, musitado por los cándidos labios de una de las mujeres más hermosas que ha producido esta bendita tierra, convirtiéronse á ella sus mejores pensamientos y los arrestos todos de su voluntad decidida y resuelta á conseguir ventajas y triunfos personales para ponerlos, con su rendido espíritu, á los pies de aquella criatura que hiciera extremecer de dulce emoción las fibras más delicadas de su corazón.

Luchó impaciente con noble anhelo y especial perseverancia por labrarse una posición desahogada ese amigo, estimulado además por el ardiente entusiasmo que Minerva pusiera en su sangre, enamorada también de la Ciencia.

«Si eres niño y has amor, ¿qué hará cuando seas mayor?» dice el refrán. Todavía la Diosa del saber, no premiara sus ansias científicas, con el galardón de las palmas doctorales, y ya santificara ante el altar, aquellos otros afectos tan puros y nobles, que sentía su alma.

Fruto feliz y dichoso de esos amores quo llenaron su vida fueron las interesantes y bellas señoritas Concha y Adela Lezón de Burdeos objeto de esta impresión.

***

En una de nuestras visitas desde la Corte, á este adorado rincón, para sahumar el espíritu, con el hálito dulce y tierno del maternal afecto, asistimos, en noche inolvidable, al teatro, donde se celebraba una función lírica, en que los papeles todos eran interpretados por niñas, con habilidad y acierto artístico, superior á todo género de alabanzas.

Entre esas niñas, se distinguían por el melodioso y argentino timbre de voz, aparte su gracia y soltura en decir y accionar, que no entra en nuestro propósito comentar ahora, Concha y Adela Lezón.

Salimos del teatro con la imborrable y grata impresión de que aparecían brillando, en el horizonte artístico de esta villa dos estrellas que pronto fulgurarían con intensa y potente luz.

No salieron fallidos los pronósticos que hiciéramos interiormente pues con efecto, pasado poco tiempo, y ayudadas sus facultades por los acertados consejos de una inteligente profesora de canto, llegaron sus voces al desarrollo y perfección que ostentan hoy dia y que son la admiración y encanto de cuantos tienen ocasión de escucharlas.

Conchita apareció transformada, después de esas fructíferas lecciones, en espléndida soprano lírica, con una extensión de voz, intensidad y justeza de sonido y brillantez de timbre tan maravillosos, que le permiten afrontar y vencer las dificultades y escollos de las más difíciles páginas musicales escritas para tiple.

Adelita, más niña, (todavía viste de corto actualmente), tiene menos intensidad y extensión de voz por ser físicamente imposible que su órgano vocal se desarrollase en tanta escala y fuerza de sonido como el de su hermana, pero en cambio su aterciopelado y dulcísimo timbre, acaricia el oído y deleita el alma, como el susurro de un angel.

En conciertos y veladas han lucido sus excelentes condiciones musicales repetidas veces estas dos lindas amiguitas nuestras.

Cuando estaban en plena dicha y absoluta posesión y juego de medios vocales, repentina é irreparable desgracia las aflige. La estrella que guiaba sus pasos é iluminaba su vida toda con los destellos dulcísimos del más santo y puro de los cariños, se eclipsó rápidamente, dejándolas sumidas en amargo desconsuelo.

Aquellas vocecitas tan lindas enmudecieron con el dolor y no volvieron á sonar hasta que la caridad las arrancó de su silencio, reclamando su concurso para un concierto á beneficio de las víctimas de Osera.

Llegaron los ecos de su fama á la capital de la provincia y todo el mundo recuerda el éxito inmenso alcanzado por

ellas en Orense, en la memorable solemnidad teatral que organizaron la marquesa de Leis y demás señoras de la junta constituida para allegar fondos con destino al alivio de las desgracias ocasionadas por la guerra de Melilla.

Son honra y gloria de este pueblo las señoritas Concha y Adela Lezón de Burdeos, y nosotros, al hacer hoy pública y solemne manifestación de reconocimiento y aplauso á sus brillantes cualidades artisticas, no podemos olvidar las virtudes excelsas de aquella santa mujer que les dió el ser y que la muerte arrebató de su lado, privándolas para siempre en este mundo del amoroso y suave calor de sus caricias. No podemos olvidarla, no, que con su amistad nos honrábamos y á fondo conocíamos los hermosos sentimientos que esmaltaban su alma.

Era la siempre dulce, siempre afable y risueña criatura, de ojos apacibles y tranquilos, derramando á raudales en el suave candor de sus miradas, las mieles y dulzuras de su alma, y cuyos amorosos labios no se movieron jamás para articular una queja, para formular una censura, para nada en suma que no fuese expresión de ardiente amor y cariño para los suyos y para la humanidad desgraciada y doliente.

Nuestras jóvenes pianistas

NO hace todavía muchos días, en artículos que llevaban el mismo epígrafe que éste, dedicados á las señoritas Virginia Brandón y Concha y Adela Burdeos, decíamos que en la imposibilidad de hablar de todas separadamente, tal vez las demás señoritas que cultivan el arte músico en esta villa fuesen objeto en conjunto de una de estas tituladas Impresiones, que con tanto cariño como escasa fortuna dedicamos á enaltecer las personas y cosas de este pueblo, y el rastro de amor y entusiasmo que dejaron en nuestra alma.

Lo intentaremos hoy, y bien se nos alcanzan las dificultades que existen para poder hacerlo, discretamente siquiera, porque á decir verdad, muchas de las niñas que en mayor ó menor escala cultivan el divino arte en Celanova, están en estado de crisálida artística todavía y no han tenido tiempo ni mimbres para ocasionar impresión alguna (musicalmente se entiende, que de lo demás no hay que hablar), pero lo cierto es que prometimos hablar de todas esas perlas, aún de las más menuditas, y á todas hay

que engarzar en la corona artística con que adorna su augusta frente la villa de nuestros amores.

Que les sirva de estímulo á las que nacen á la vida del arte el ver su nombre en letras de molde.

Para mayor claridad y entendimiento de las personas ausentes, que sienten curiosidad por estas cosas, daremos al nombrarlas los nombres también de sus padres.

Entre todas las jóvenes objeto de esta impresión se destacan por la pureza é intensidad de luz artística que irradian, María Rodríguez, hija del fallecido capitán Rodríguez y María Baladrón, hija del también fallecido almacenista de Orense, D. Francisco Baladrón.

Fué educada la primera en el Colegio de María Cristina de Aranjuez, donde estudió á fondo la música y sobre todo el piano, llegando á alcanzar el título de profesora, dedicándose en la actualidad á dar lecciones de este instrumento.

Modesta, sencilla y laboriosa cual pocas, todas sus ansias las dirige á redimir á sus discípulas de la ignorancia, convirtiendo su profesión en verdadero sacerdocio, al que dedica todos los afanes de su alma.

María Baladrón discípula en tiempo de las Madres Carmelitas de Orense y posteriormente de Virginia Brandón está á la altura de muchas que enseñan; mas por suerte y ventura suyas no siente la dura necesidad como su profesora Virginia y María Rodríguez sienten, de convertir su habilidad artística en fuente de ingresos, con que subvenir á las necesidades de la vida.

Rayan también á gran altura tocando el piano Atala y Consuelo Alvarez, hijas de D. César Alvarez, que como sus hermanas, Camila y Margarita, fueron educadas en el Colegio de Religiosas Terciarias de la Coruña, á cuya Comunidad de monjas pertenece su hermana D.ª Leonor; Luisa Román, hija de D. Adolfo Román; Concha y Adela Lezón, las notables cantantes que fueron objeto de una de nuestras últimas impresiones, hijas del Registrador de la Propiedad D. Manuel; Amalia Lorenzo, hija del Adminis-

trador de Correos; Rosario, Milagros y Carmen Reza, hijas de D. Elías Reza, y María Fernández, hija de don Paulino Fernández, discípulas todas en tiempos, y algunas todavía actualmente, de Virginia Brandón

Dotadas muchas de estas señoritas de exquisita organización artística, no han llegado algunas de ellas, cuyas facultades hemos tenido ocasión de admirar, al pináculo de la gloria, sencillamente hablando, por no habérselo propuesto. Con un poco más de amor y cariño al estudio, seguramente lo hubieran logrado.

Debemos hacer mención también de una señorita, que sino toca el piano, toca muy discretamente el violín, y sobre todo tiene una hermosa voz que lució en funciones inolvidables, cantando con Concha y Adela Lezón aquella «Alegría de la Huerta» tan deliciosamente interpretada por estas tres señoritas y Julita Rivero el incomparable «Tarugo» de la citada zarzuela, hija del profesor Veterinario D. Ramón Rivero; Lola Vázquez, hija del Farmacéutico D. José Vázquez Elices, y María Estévez, hija del comerciante D. Pedro Estévez. Nos referimos á Elena Moreiras, hija del finado D. Gumersindo Moreiras.

Vienen por último, las niñas en estado de crisálida, á que aludimos al principio de este artículo, á las que, como tengan amor al estudio, tendremos que admirar pronto convertidas en radiantes y polícromas mariposas artísticas: se llaman Inés Rodríguez, hija del fallecido D. Dalmiro Rodríguez, la más adelantada de todas; Clotilde Román, hermana de la citada ya, Luisa; Pilar Martínez, hija del Notario de esta villa D. Joaquín; Enriqueta Martínez, hija del Médico titular de este municipio, D. Ricardo; discípulas de Virginia Brandón; y Angeles Román, hermana de Luisa y Clotilde Román; Laura Meleiro, hija de D. Luis; María Fernández, hija del Médico D. Enrique, y Rosa Morgade, hija del Sr. Morgade, del pueblo de Congostro, en la Limia; discípulas de María Rodríguez.

Todos estos nombres, mencionados así, de prisa y co-

rriendo que otra cosa no consiente un artículo de periódi co, pertenecen á otras tantas esperanzas artísticas.

A todas estas señoritas y niñas que se dedican á la música, las invitamos á seguir aplicándose al estudio con ardor y entusiasmo; las que están más cercanas á las doradas cumbres del arte, ya que estas son inaccesibles, pues siempre hay un más allá, para que se aproximen cada vez más y más á ellas; y á las que andan rodando todavía las primeras estribaciones de la encantada montaña, cuya ascensión es tan laboriosa y difícil, para alcanzar á las que van delante y si se puede dejarlas atrás.

En arte como en todo la emulación es fuente generadora de trabajo y el trabajo hace milagros; y que no sirva de disculpa la atención que roban los quehaceres domésticos, en un pueblo como el nuestro donde por fortuna las señoritas son todas tan laboriosas y aplicadas á las faenas de casa, que con buena voluntad y una prudente división de tiempo y trabajo puede lograrse todo.

El arte encanta el espíritu y redime el alma de las estrechas y lóbregas cárceles en que nos aprisiona la prosa de la vida. Un minuto, un segundo de esa impresión divina que ocasiona la música es alivio poderoso para nuestros dolores; generoso sedante para nuestras penas.

A ese idioma universal que todos entienden y que cada cual habla con su propio acento, debemos los mortales los momentos más dichosos de nuestra existencia y para terminar diremos con Schopenhauer: «es la música una flor que nace en el camino de nuestra vida y crece en él para endulzarla».

Aspiren, con todo el vigor de sus jóvenes y anhelosos pulmones, las pollas y niñas citadas, el embriagador perfume que esa flor exhala, que llevándole hasta las últimas celulillas de su tierno organismo, generarán en su alma las impresiones más placenteras, dulces y puras, que aparte los grandes afectos que produce el amor y la sangre, jamás habrán sentido.

A OUTRA COMPAÑEIRA

Xenara d'o Rial d' Amoroce acababa de engulir, alí pol-as dez d'a mañá, con moito traballo y-os pouquiños, unha cunca de caldo limpio, que lle servira Prudencio, seu marido. Ó tempo, unha rayola de sol entraba pol-a alta lumieira, desfacéndose en fios de cera sobre a cara d'a enferma, fraca, aterrosa, agoniada por dazaoito meses de sofremento.

Despois de lle servil-o caldo, dille Prudencio moi quedi-ñamente:

—¿Cómo t'atopas, Xenara?

—Esto irá ben, so cando eu estía seis pés baixo d'a terra; pro... namentres farías ben aproveitando ó dia, en lle dar unha volta o eido d'a Carreira.

—Ma non poido, miña muller... ¡Tí ben sabes que a xuvenca estivo moi maliña, e inda agora non está nada boa... D. Ramón, o veterinario, non responde d'a sua cura... Va pur Dios. ¡Cánto ela sofre!.. apriqueille o ouido o peito e parés que ruxen drento os foles d'unha forxa.

—Xenara relampa os ollos co'a ira, e dille fora de sí:

—Tí sintes mais piedade d'a xuvenca ca de min. Cando se trata de candonguear con ela veira d'o rio, a sombra

d'os carballos, a xuvenca e tí facedes boa parexa! Namentres o eido d'a Carreira, que debía estar sementado fai mais de quince dias, sigue en tal xeito.

Prudencio marmulla mainamente:

—Non tés razón, Xenara... S'ouvera podido xunguir a xuvenca, a sembra estas horas estaría feita.

—Pro, tratache ti de xunguila?... Sabes ti o qu'ela ten?

—Non.

—Pois eu seino, e direicho: o qu'ela ten e unha galbana que lle roye a yalma.

Xenara tivo ô tempo unha volta de raiba que a puxo como tola. Quixo brincar d'a cama, e caiu outra vez n'ela coma un torobelo, sin folgo, sin forzas.

—Ay! recontra! Si m'eu poidese erguer!...

Ó vela n'iste estado, di Prudencio:

—Ben muller: non cries mala sangue. Vouna xunguir yogallá me non morra entr'as maus.

—Ei morrer eu primeiro qu'ela... Dígocho!

***

Saise Prudencio de xunto a muller, atravesa o patio e métese n'o cortello. A xuvenca, o velo, muxe tristemente. Pásalle a mau po-lo lombo acariñándoa y aprícalle a orella ezquerda o costado direito.

—¡Xuncras!—di con voz afogada—parés que lle ferve un pote alá abaixo!

Fai erguer a vaca vella, estambullada n'un canto d'o cortello, e xungue as duas.

—Ven, miña xuvenca, ven... Emoslle probar a miña muller que non somos tan truás como ela di...

.....

Alá van, cara o eido d'a Carreira, Prudencio d'o Rial y-a vaquiña nacida n'a casa, que lle roubaba todol-os sospiros d'o seu corazón. D'a vaca vella pr'o caso non se lembraba.

Pol-o camiño adiante iba rosmando pr'os seus adrentos, ó relembrar os ditos tan inxustos d'a avariciosa d'a Xenara. Ah! Non fora, non, de truan a su vida inteira de escravo d'as terras, e d'a sua muller. Trinta anos de casado e sin fillos, fórono somindo pouco a pouco n'unha sorte de somisión pasiva, n'esa pacente resinación d'o noso aldeano, que consinte en se sacrificar a paz d'o seu fogar, por mor d'a prosperidade d'as suas terras. ¡Trinta anos ben compridos sofrindo as rábechas e renegueiras d'a sua muller, o coitado d'o home!

—Todol-os días parés un inferno á miña casa—sopraba a orella d' algún veciño—pro algun día a sair o sol p'a min tamen.

Sua verdadeira amiga, a que mira sempre pr' él con olliños mornos, a que sempre lle fora tan leal y-obediente, era a outra compañeira, aquela vaquiña amarela tan amante e dócele o seu mandar, que agora topábase seca com'onhas pallas, sofrindo os efeutos d'unha polmonía recente.

Os dous xuntiños acadaran n'os campos a friaxe d'o inverno y-as raxeiras d'o sol n'o vrau; a chuvia y-os ventos, a neve y-as xeadas; e ¡con canto folgo y-enerxía non respondía a coitada os seus chamares, cando s'atascaban as rodas d'o carro n'os lameiros, ou cando s'entalaba a reixa d'o arado n'os terrós! O seu sangue quente y-o seu valente espritu parescían imortales, y-entregábase por inteiro a seu dono y-a nai Terra, sin se dar conta d'o que facía. Todal-as suas forzas y alentos ofercíos decote, c'os ollos relampados y-o aire fero, como quen ten concencia d'a nobreza d'o seu destino... pra que logo viñese a outra decindo: «O que a xuvenca ten e unha galbana que lle roye a y-alma...»

Aquil odeoso dito d'a Xenara, ferira n'o corazon a Prudencio d'o Rial, mais que si a él mesmo lle fose derixido

—Probe animaliño!—decía—Nunca fomos millor tratados, nin ti nin eu, en toda á nosa vida!

***

N'a ruiba craridade d'as once d'a mañá d'un día de Outono, que salpica d'ouro as follas secas xa, d'os castiñeiros e mazairas esparexidas pol-as rivadas. Prudencio n'unha mau a aguillada e co a outra emparando a esteva d'o arado, iba traballando os pouquiños, doido d'a mala sorte que os acoraba, él, y-a sua vaquiña.

—Ei xuvenca, ei—dicía—Conta as tuas forzas.

Non t'apures, qu' eu midirei o meu paso pol-o teu.

Quen estivese presente á faena d'o Prudencio d'o Rial e d'a sua vaquiña, daríase ben logo conta d'o esforzo que o probe d'o animal facía por lle dar gusto a seu dono. C'os polmós fervendo, o respiro afogado, a escuma n'as narices y-as illargas inchadas pol-a sofocación parescía qu' espremía as forzas todas, n'unha suprema ofrenda a nai Terra. Xamais Prudencio a vira con semellante refolgo, recia, direita com'on fuso diante d'os surcos, calculando as forzas, endereitándose de presa cando se sintía débele, e deténdose un pouco cando conecía que se lle iba o respiro.

—De vagar, miña xuvenca, de vagar. Non t'apures—dicía Prudencio xemendo—que d'abondo chega o dia pr'a acabar iste traballo.

Pro a vaquiña, impaciente e tembrorosa, siguía traballando, como si se dise conta de que as forzas a atraidorasen, antes de lle dar fin a faena. Prudencio loitaba entr'o medo de qu'a vaca lle quedase entr'as maus, n'un d'aquiles esforzos, y a compasión que a coitada lle ispiraba.

Non había caso; a vaquiña tivo o folgo preciso pr'arar hastra o último terrón.

En canto acabou, desxunguea Prudencio, e c'a sua cabeza descansa n'a d'o animaliño, decindo:

—¡Ay! Pelriña d'a miña yalma! Si te chegase a perder eu non sei o que de min sería!

Desátalle logo a cincha qu'asuxetara a manta que lle cobría o lombo, e foron vindo, pouco a pouco, cara a casa. A xuvenca tropezaba aiquí e caía mais adiente. Os ollos espidíanlle un brilo vidroso. O chegar o cortello, estumbouse dolcemente n'o seu leito de palla, xemendo ronca, e sin folgo cuase.

—¡Ay! Dios me valla!—di Prudencio chorando—non sei si mañá te verei viva, miña pelra!

O rubir as escaleiras tropezou c'o médico, que saía de vel-a a enferma.

—Non hay nada qu'esperar, Sr. Prudencio.

A Xenara está preto d'a agunía... Entendo que terá que lle pechar os ollos antes de que amañeza.

O aldeano sobe de presa y-arrímase o leito en que sua muller morre... Xenara, qu'ouvira o seu paso, revolve con traballo a cara, e c'os beizos crispados y-a voz impacente e dura, dille:

—E ben; ¿acabastes a sembra?

—Si, Xenara, si. Por unha tempada podemos pechar o arado n'o palleiro.

—Cando ch'o eu dicía! Que a tua xuvenca non tiña mais que vicio e galbana n'o corpo!

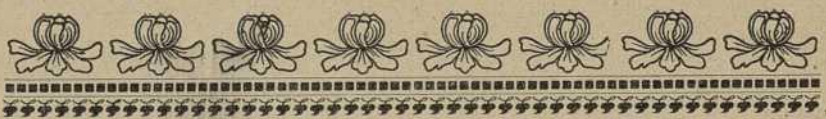
Prudencio non di palabra e séntase a cabeceira d'a morebunda.

Chegou a noite, envolvendo en mestas sombras a campía morna. Alí cont'ras dez, un forte runflido d'estertores avisóuno de que Xenara entraba xa n'agunía. Arrima enton sua cara a d'ela, e vea xa sin conecemento; un menuto mais, e non bafexa... o fin morta!

Péchalle piadosamente os ollos; deixa caladiño e triste a cabeceira d'o leito onde a sua muller morrera, e vaise de presa o cortello, pr'a lle prestar os últemos acariños e coidados a outra compañeira.

CELANOVERIAS (1)

(1) Al llegar á estas páginas corrigiendo pruebas, retiramos material en prosa y verso que en un principio nos propusimos publicar, por entender, que con lo que va, hay bastante, para aburrir al paciente lector.



EL DIA DE NUESTRA VIRGEN

Natura espléndida luce
sus mejores galas hoy.
En un cielo trasparente
refulge cual nunca el sol.
Los campos rientes cantan
himnos de gloria y amor.
El arroyo que fecunda
las vertientes de Amoroz
entonando va devoto,
cual místico trovador,
las canciones más sentidas
que arroyo jamás cantó.

Lanzan gorjeos trinados
al viento con dulce voz,
las parleras avecillas,
que del valle encanto son.

Sus colores más brillantes
ostenta ufana la flor.

El ambiente embalsamado
con perfumes de oración,
bendice tan solo un nombre
que con devoto rumor
entre las ondas sonoras
circula triunfante hoy,
de la Hermida á la Rua Nova
de Souto-verde á Cañón.

En las calles de la villa,
inusitado fervor
se observa; todas las gentes

llenas de devota unción,
el rostro nimbado ostentan
con aureola de amor,
que asciende allí en oleadas
del fondo del corazón.

—

Con colores rojo y gualda,
emblema del patrio honor,
muy alegres engalánanse
toda ventana y balcón.

—

Cubre los suelos alfombra
de olientes hojas de flor,
espadañas y otras plantas
que la piedad esparció...

.....

¿Por qué Natura sus galas
mejores ostenta hoy?...
¿Qué ocurre, para que el pueblo
estalle en animación?...
¿Por qué bullicio en sus vías
nunca cual éste se vió?...
Es que por ellas triunfante
va á pasar en procesión,
derramando amor y dichas,
la dulce Madre de Dios,
que la Santa Iglesia llama
Virgen de la Encarnación,
y el pueblo de Celanova
siempre piadoso adoró!

—

¡Madre del Verbo divino!
¡Concédenos el favor
de conservarnos las almas
en tu santa devoción!
¡Haced perdure en nosotros
el piadoso fervor,
que fué orgullo en todos tiempos
de esta culta población!...
A tus plantas lo imploramos;
¡Señora! .. por Dios... por Dios!...

EN SAN VERÍSIMO

EL DIA DE DIFUNTOS

¡Huesos de tanto amigo, que en hora inolvidada,
del mundo abandonásteis, la utópica ilusión,
una oración humilde, dejad quede engarzada,
entre las frías losas, de vuestro panteón!

—

¡Huesos de mis amigas, hoy cendra funeraria,
amor y gloria en tiempos, de quien os vió vivir,
dejad que de rodillas, os rece una plegaria,
mi corazón doliente: y ahíto de sufrir!

—

¡Huesos de los infantes; restos de tanto niño,
que reposais dichosos, cabe lindo ataúd,
dejad que os bese ufano, con paternal cariño,
y haced que á mi descienda, la redentora luz!

—

¡Huesos de mis hermanos! Ayer encanto mío!
cuando en las horas puras, con vos feliz jugué,
dejad que os bese ahora, con santo desvarío,
como creyente beso, los signos de la fe!

—

¡Huesos los de mis Padres! Sublimes ¡Santos huesos!
que entre las tristes sombras, mi mente ve vagar,
dejad que entre sollozos, os vuelva ¡aquellos besos!
con que mi alma ungisteis, en el deshecho hogar!

EL MAGO DE MARZAS

Cojo la pluma en momentos
que mi alma está todavía,
á merced del dulce encanto
de hermosa impresión artística,
con tal emoción gozada,
y con tal placer vivida,
que pocas he disfrutado
tan dichosas y tan lindas.

—

¿Preguntas lector amado
quien obró tal maravilla?
¿Quién mi sangre así candente
puso cual ascua encendida;
como metal rojo al fuego;
cual brillante candelilla
de esas que de Reus llegaron
amorosas y solícitas,
á esclarecer los espacios
recreándonos la vista?
Voy á decírtelo súbito
que no es fácil lo colijas.

—

Un cornetín primoroso
sonado por gran artista,
ha sido el secreto Mago,
fué la misteriosa Ninfa,
que acariciando mi oído
con las notas más sentidas;
con los susurros más dulces;
con celestial melodía,
me ocasionó piadoso
esa sensación de dicha.

—

Doliente mi alma vagaba
por la plaza de esta villa,
discurriendo perezosa
cual siempre, sola y esquiva.
Hallábase en su apogeo
la verbena de la víspera
de Marzas, que como nunca
fué de animada y lucida,

cuando escucho que la banda
del número tres de línea,
de nuestro vecino reino
que la velada ameniza,
preludia algunos compases
con su habitual maestría
de «Alma de Dios» la zarzuela
más resobada y manida
de cuantas forjó la mente
de tanto genial artista.

—

Me acerco ansioso á escucharla
y á poco siento principia
nuestro Mago su tarea,
fluyendo notas tan lindas
del cornetín primoroso,
que me subyuga y sublima
pues parece, no que suena,
sino que de amor suspira,
con una voz tan melosa
tan plateada y relimpia
como los chorros purísimos
de una fuente cristalina.
Era su tono insinuante,
y era la emisión tan nítida,
melodiosa, transparente,
dulce, suave y melíflua
que apoderose de pronto
de mis potencias anímicas
convirtiéndome el espíritu
en pura sustancia ígnea.

—

¡Bendito ese cornetín!
¡Bendita su voz! ¡Bendita!
que penetrando amorosa
en las regiones más íntimas,
de mi corazón doliente
sus hondas penas disipa,
dilatando venturosas
sus más recónditas fibras,
y sus senos misteriosos
llenando de inmensa dicha.
¡Bendito ese cornetín!
¡Bendita su voz! ¡Bendita!

SOÑADORES

No cantéis á la brisa ni á las flores
al dorado crepúsculo ni al cielo,
á la voz de los tiernos ruiseñores,
ni al murmullo veloz del arroyuelo.
La ciencia, en sus avances triunfadores,
de la verdad ha descorrido el velo;
y á vuestras ilusiones, *soñadores,*
opuso altiva la verdad de hielo.
Dedicad vuestro culto y amorío
al corazón humano, que es tesoro
de eterno sentimiento; que aunque ansío
tu solución ¡oh ciencia! ¡cruel desdoro...!
Aún no osaste decirme por qué río
ni á explicarme acertaste por qué lloro.

Luis Gil Mejuto

A LUIS GIL MEJUTO

Espléndida es Natura; sus colores
en infinita gama noche y día,
bruñe ansiosa la ardiente fantasía,
del bardo «soñador»; con mil primores
en la dicción y estilo, de sus flores
y atavíos, modula en melodía
polífona, la eterna canturía,
que ahita deja el alma de esplendores.
Dices bien ¡Oh Poeta!; ya la Ciencia,
de la verdad desvaneció los velos;
ya «el bruñidor» colmó nuestra existencia:
flotar solo se vé en ignotos cielos,
de la ilusión como sutil esencia,
el espíritu insomne, y sus anhelos.

LO QUE ES Á Mí... NI CON QUESO!

Dos vecinos que conoce
todo el mundo en este pueblo,
por tratarse de personas
de distinguido abolengo,
ambos á dos comerciantes
el uno desde hace tiempo
y el otro por circunstancias
que solo son de momento,
pues si lo fué cuando joven
dejara ha mucho de serlo;
menudito de estatura·
muy menudito el primero,
tan menudo, que el alcance
no tiene casi de un metro,
pues es hombre en cuanto á talla
que apenas se llama Pedro.
Tampoco es gigante el otro
pero algo más corpulento
si lo es, y con más anchos,
más cabeza y menos pelo,
en la cabeza se entiende
pues en lo que hace respecto
á sus facultades psíquicas,
es un hombre bien completo,
aunque en esto se asemejan
los dos vecinos del cuento,
como puede asemejarse
un huevo con otro huevo;
ninguno á la vista tiene
de tonto un solo cabello.

—

Por amigos á los dos
hace mucho que los tengo;
casados están entrambos;
á la fecha uno es abuelo
y el otro está en circunstancias
de poder muy pronto serlo,
pues tiene en su casa un angel
que puso al mismo lucero

del alba, rojo de envidia
cuando vió sus ojos negros,
más relucientes que el suyo,
que tanto brilla en el cielo.

—

Hacia Coruña en viaje
de Celanova salieron,
en un viernes, y ya el lunes
aquí estaban de regreso;
y vamos al objetivo
que persiguen estos versos.
Un amigo me asegura
haber oído á uno de ellos
que el viaje de ida y vuelta,
fonda, cafés y recreos,
que en la ciudad herculina
se ven de «primo cartello»,
disfrutaron venturosos,
de alegría y placer llenos,
gastándose cada uno
¡cien reales y diez perros!
Que se lo cuenten al Sabas
lo que es á mí... ni con queso,
me hacen tragar esa píldora,
que si no tiene veneno,
tampoco encierra la cuenta
del gasto exacto que hicieron,
pues ni tomando cordilla,
y agua por todo alimento,
y viajando en perrera,
y acostándose al sereno,
pudieron mis dos amigos
triunfar con ese dinero,
no digo ya en la Coruña;
ni en el Barco, ni en Castrelo.
Que se lo cuenten al Sabas,
repito... yo, no lo creo.

¡BIEN HAYAN, ESAS NIÑAS!

Las calles de esta villa,
con ánimo resuelto,
llevados del mejor de los propósitos,
ufanos recorrieron
dos entes, cuyo nombre no hace al caso,
más sí sus signos ciertos:
«es el uno el más pingüe entre los gordos»
«y es el otro el más largo entre los luengos».
Pues bien; estos señores,
como íbamos diciendo,
el nido venturoso
sagaces inquirieron
donde alientan las aves más canoras,
donde moran los mágicos jilgueros
que aquí su nidal tienen, para unirlos
en el más celestial de los conciertos.

En su vivienda casta
con todos pronto dieron,
y sus amantes padres informados
del designio benéfico
que celosos persiguen
los señores del cuento,
permiso, diligentes, otorgaron
á sus retoños tiernos
para arrullar el alma de los pobres
con el dulce calor de sus acentos.

Animosos ensayan
esos mirlos parleros
«La Caridad», el coro de Rossini
tan inspirado y tierno,
que arranca amor y lágrimas
del más endurecido de los pechos,
para cantarlo, así como los ángeles
cantarán en el cielo,

la noche que feliz la «Casta Diosa»
dedique al Hospital de nuestro pueblo.

Bien hayan ¡esas niñas,
bien hayan! por tal hecho,
que las hace ante Dios más agradables
y más gratas las hace ante su pueblo.
Cuando las notas puras,
cuando los dulces ecos
da su áurea voz, al corazón desciendan
como un dulce rocío desde el cielo,
al cantar con transportes amorosos
el himno del genial Cisne de Péssaro,
cuantos tengan la dicha de escucharlas
radiantes de contento
batirán las palmadas más sonoras
que jamás se han oido en este pueblo.
En tanto agradecidos
los señores del cuento,
«lo mismo el que es más pingüe entre los gordos»
«que aquel que es más largo entre los luengos»,
cuando la imagen cándida
vislumbren entre sueños
de las canoras aves
que ardiente caridad juntó en un vuelo,
velarán su silueta bienhechora
con el puro cendal de un casto beso.

PR'OS MEUS VECIÑOS AUSENTES

n'a Repúbrica Argentina

I

¡Celanova! ¡Celanova!
fuche o meu berce amoroso
y-ás ser tamén miña coba!

De Buenos-Aires pr'a Vigo
n'un barco vin; a «morriña»
tróuxome o lombo consigo.

Inda a terriña eu non vía,
y-a bafaradas o vento
xa seus cheiros me traguía.

Inda lonxe estaba d'ela;
d'a torre de Celanova
ventaba a y-alta penela.

Conforme m'iba achegando,
todo exponxado de groria
viña o corazón beilando.

II

En canto terra collín,
faltou tempro pr'a chegar
êsta vila en qu'eu nacín.

Xa que me vin dentro d'ela,
dando chóutos de contente
púxenme axiña a correla.

Rua abaixo, rua arriba,
saüdando loumiñoso
todol'os rincós eu iba.

—

Crebei o corpo ôs saüdos,
pois de legres ditas todos
foran ôs testigos mudos.

—

D'as Traseiras o Cercado,
d'a Rua-Nova hastra a Ermida,
¡cantos levo saüdado!

—

Séica non topei rincón
que me non fixese cóxegas
n'o fondo d'o corazón.

III

Fun logo pol'os camiños
que deprendera de neno
cando iba a froita y-os niños.

—

Cara a Mourillós collendo
d'os tempos d'a mocidade
miña historia iba tecendo.

—

Capela d'o San Trocado,
¡cómo reloces aiña
despois d'o tempo pasado!

—

N'ises teus agros tranquilos
andiven tolo de neno
ás apóutigas y-os grilos.

—

N'as touzas que a veiga esmaltan
d'a louquiña xuventude
mil lembros ditosos saltan.

—

.....

Fúnme ó Val de Mourillós,
que arrecendía a cireixas,
leite mazada e fatós.

—

Y-arrecendía de sorte,
que a vision de cen enchentas
viña entre aquíl cheiro forte.

—

.....

Fun despois cara a Mandrás;
por entr'os millos eu iba
ollando âs veiras y-â trás.

—

N'as veiras vía Penalta
y-Einibó, que tran o lembro
d'a nosa groria mais alta.

—

Atrás quedaba íse encanto
de valexo que n'a América
tiña relembrado eu tanto.

—

Por carreiros e vereas
pensaba n'as miñas cousas,
sin me coidar d'as alleas.

—

Revoltos meus pensamentos,
voaban pol'o celebre,
amontoados a-os centos.

—

Deixándome so a impresión
de qu'eu iba xa pr'a vello
pero aquiles eidos non.

—

Estaban amorosiños,
coma cando eu fun por iles
de neno, â froita y-ôs niños.

—

¡Iles sempr'en xuventude,
y-eu os poucos podrecendo
en ilusiós y-en saüde!

—

.....

Pensoso sempre e soñando
hastr'a touza d'o Barraca
fun andando... fun andando.

—

Ós soños dando de man;
tumbeime baixo os carballos
longo cal era n'o chan.

—

Cando enriba me sentiron
as herbas, seus dóces brazos
agarimosas m'abriron.

—

E con amor m'arrulando
y'acariñosos sospiros,
fóronme os ollos pechando.

—

Quedei durmido de sorte,
que aquil sono tan prefundo
foi un romedo d'a morte.

—

.....

IV

Cando espertei a orazon
ouvin soar as campanas
d'a igrexa d'a Encarnación.

—

¡Voute ver, Virxen querida!
—dixen—que fuche o consolo
d'as miñas penas n'a vida!

—

Pr'a Ermida sain voando;
cabo d'a Virxen topeime
sin saber cómo, nin cando.

—

Xa drento d'a sua capela,
estiven com'on parviño
sin virar os ollos d'ela.

—

Cando a ademirala estaba,
fendeu os ventos un toque,
que o corazón me rachaba.

—

Era a campana d'os mortos,
unha orazón supricando,
con sons doídos e cortos.

—

Sin me dar conta d'a hora,
recei, hastra que o que pecha
as portas, me puxo fora.

—

.....

Pasados unhos momentos
n'o meu lar m'arrecollía,
decindo pr'os meus adrentos:
¡cánto eu vivín so n'un día!

V

¡Celanova! ¡Celanova!
fuche o meu berce amoroso
y-ás ser tamén miña coba!

REAL A
GAL
A CO
56
Biblio

CADE
LEGA
ORUÑ
60
loteca